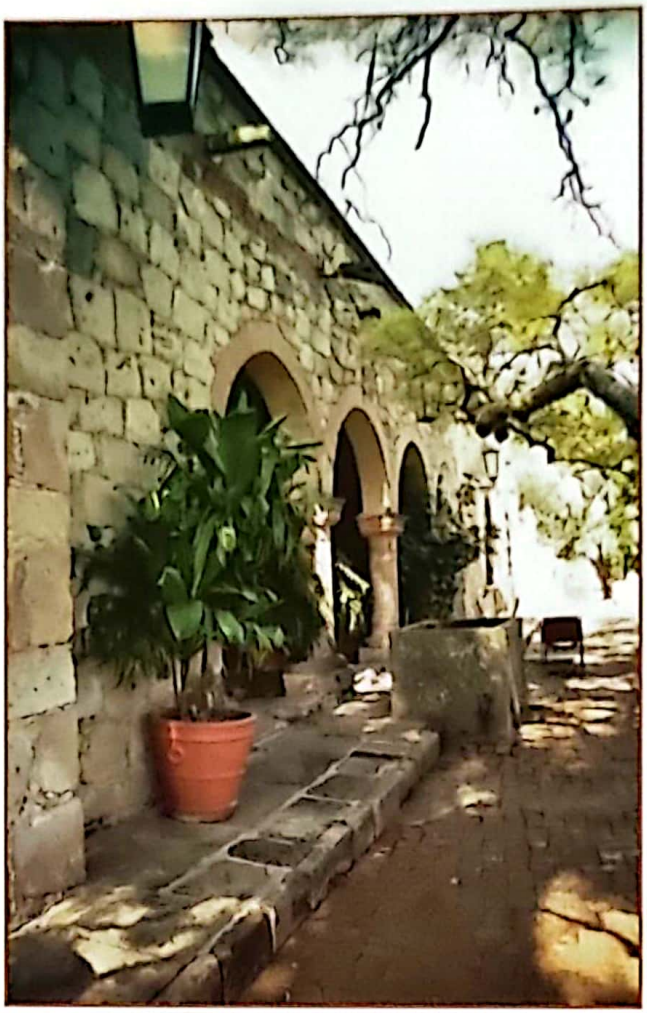


La Querencia

Guadalupe Gutiérrez de Mantecón

Colección
LA TIERRA Y LA RAÍZ
1

Acento

La Querencia

La Querencia

Guadalupe Gutiérrez de Mantecón

Colección
LA TIERRA Y LA RAÍZ

1

Acento
EDITORES

La Querencia

D.R. © 1981 Guadalupe Gutiérrez de Mantecón / herederos

I.S.B.N. 970-93368-1-9

Presentación, disposición y diseño:
D.R. © 2003 Acento Editores
Reforma 654, Guadalajara México

Fotografías portada: Sergio Gutiérrez

Reservados todos los derechos
Printed and made in Mexico/Impreso en México

PRÓLOGO
a la presente edición

Antes que nada, unas palabras para explicar brevemente quién es la autora de este libro, a fin de que el lector pueda identificarla por sus apellidos y algunos datos relacionados con antepasados suyos. Nació Guadalupe Gutiérrez de Mantecón el año de 1913 en el rancho de la Media Hanega, perteneciente al municipio y parroquia de Jalos, y murió el 10 de agosto de 1999 en la ciudad de México. Fue la hija menor de Casiano Gutiérrez Barba y María de Jesús González, y por tanto nieta de don José María Gutiérrez, primero de la extensa familia de los Gutiérrez que en la segunda mitad del siglo diecinueve se avecindó en la Media Hanega, ranchería ubicada sobre la margen derecha del río Jalos antes de llegar a Coca y San Francisco.

Guadalupe vivió ahí su infancia y adolescencia hasta que ella, con parte de su familia, emigró a la ciudad de México poco después de terminada la guerra de los cristeros, razón por la cual nuestra autora se casó y vivió allí hasta su muerte; fue pues en México donde ella escribió, recordando intensamente su pueblo y los lomeríos de su infancia, el libro que ahora se presenta...

Es *La Querencia*, por su contenido, un libro de recuerdos, único en la historia de nuestro pueblo; por lo mismo, se tiene la esperanza fundada de que será bien recibido por todos ya que en Los Altos de Jalisco somos muy dados a

recordar el pasado, nuestro pasado. Estoy seguro de que en este librito, término que utilizo con toda intención por la carga afectiva que encierra la palabra, todos vamos a sentirnos retratados en sus páginas, tanto en la descripción de los rasgos puramente físicos de los personajes o en los múltiples sentimientos que expresan, como en la forma de vida y el perfil moral de quienes allí aparecen. Más aún, podría yo decir que este libro refleja de manera muy acabada un estilo de vida antiguo que se extendió y aún perdura parcialmente en la región de los Altos de Jalisco; me refiero a la suma de costumbres y tradiciones que practicaban nuestros abuelos, lo mismo en el rancho que en la cabecera municipal.

¿Por qué lleva este libro el título de *La Querencia*? Ese es el nombre original que le dio su autora; además expresa la tendencia de regresar al lugar donde nacimos.

La presente es una reedición de la primera publicada en 1981, a la que se corrigieron errores tipográficos y se le añadieron ocho relatos inéditos en la segunda edición de 1992, siete años antes de que muriera la autora. Estos últimos textos fueron elegidos por la menor de sus hijas, Guadalupe, y por la mayor de sus nietas, Carmen Vázquez Mantecón, quien se desempeña como maestra de historia en la Universidad Nacional Autónoma de México. El último de los textos que se añadieron en la presente edición es una excelente remembranza de la escritora y fue elaborado por Gonzalo, otro de sus nietos; a mi entender, constituye el mejor retrato que alguien hubiera querido trazar de Guadalupe Gutiérrez de Mantecón. Cabe aclarar que la gran mayoría de los relatos se refieren a Jalos, con excepción

de no más de cinco textos que hablan sobre otros temas predilectos de nuestra escritora.

Por otra parte, es importante decir que esta nueva edición ve la luz gracias al esfuerzo de personas e instituciones interesadas en la cultura regional, entre las que destacan el Colegio Don Bosco de Jalostotitlán y Acento Editores, cuyo propósito es contribuir a conservar los valores fundamentales de esa región mexicana, conocida como Los Altos de Jalisco, además de que busca poner al alcance del lector común de esta ciudad las páginas de un libro escrito con el corazón, el cual, desde su origen, merecía un destino más amplio y que hoy se ve cumplido al publicarse, con toda intención, en la propia tierra de su autora.

Me causa mucha admiración que una mujer nacida a principios del siglo veinte -que sustancialmente fuera madre de familia toda su vida y que, por circunstancias de la época, no estuvo mucho tiempo en las aulas- sea quien haya escrito un libro tan bien elaborado como este, y no es fruto de algún milagro sino de una voluntad disciplinada que por años fue acumulando en la lectura y el ejercicio cotidiano de la escritura, herramientas que al final le permitieron producir un libro bello y cordial que, en la fidelidad de los recuerdos, evoca muchos sucesos de su niñez y primera juventud vividos en el rancho y en el pueblo.

El libro fue escrito entre 1970 y 1980, cuando Guadalupe Gutiérrez de Mantecón había ya tenido once hijos y cumplido los sesenta años, y lo hizo como fruto de unos talleres de literatura e historia a los que asistió, organizados e impartidos entre otros por el jesuita Raúl Durana, entonces Director de Filosofía y Letras de la Universidad Ibero Ameri-

cana, el escritor Gonzalo Celorio y por Eduardo Blanquel, recordado maestro de la cátedra de Historia de México en el Escuela Nacional Preparatoria.

Por eso mismo, como digo, no hay que buscar en la estricta formación académica o en un título universitario el origen de esta obra, sino en el talento y la inteligencia de su autora, desarrollados mediante el esfuerzo cotidiano; hay que también ubicarlo en la fidelidad de sus recuerdos y en su habilidad para ponerlos por escrito. En otras palabras, pienso que es la inteligencia natural, bien cultivada a lo largo de su vida y encauzada en un ejercicio disciplinado de la escritura, la que explica los muchos aciertos de este libro y el cuidado con que fue escrito, aspectos que ojalá sean algún día analizados por especialistas en literatura regional.

Así pues, más que detenerme en aspectos formales del libro, quisiera mejor centrarme en los del sentimiento que indudablemente encierran los temas e historias en él desarrollados, porque en mi opinión estamos ante un libro fundamentalmente inspirado por la nostalgia y los afecciones generadas por ella; si resulta válida la imagen, en *La Querencia* vemos claramente cómo la memoria se enlaza directamente con el corazón. Se trata, pues, de esa mezcla de sentimientos que se experimentan cuando se vive lejos del terruño, ya sea en algún punto alejado de la república mexicana o en el extranjero, como sucedió a nuestra autora, quien salió de Jalos en los años inmediatos a la Cristiada para establecerse en la capital del país y temporalmente en la provincia de Santander, España, cuando se iniciaba la guerra civil de 1936 a 1939. Para entonces, Guadalupe tenía cuatro años de casada y tenía ya

tres hijos de su matrimonio con José Mantecón, un español que, según la expresión de una de sus nietas, *"vino a hacer la América, y la hizo..."*

A poco de que el lector hojee las páginas de esta publicación, se dará cuenta de que está frente a un bello libro, escrito y vuelto a escribir con la dedicación que pone el artista en su obra; por así decirlo, se trata de un libro escrito con exceso de cariño, considerado este sentimiento sobre cualquier otro de los que tuvo su autora mientras lo escribía.

Por alguna razón, al escribir estas líneas introductorias, asocié el esfuerzo de Guadalupe Gutiérrez de Mantecón con el que desarrolló antes que ella el poeta Francisco González León en la ciudad de Lagos, durante la última parte del siglo Diecinueve y principios del Veinte. Entre el poeta laguense y nuestra autora podemos encontrar semejanzas de fondo en algunos de los temas tratados, pero también en la forma de concebirlos y abordarlos con sencillez y pasión; también en el lenguaje limpio y en el enorme cariño que tuvieron ambos a la tierra que los vio nacer...

Si el lector ha leído algunos de los celebrados poemas de González León, seguramente estará de acuerdo conmigo en que sus versos son sencillos y profundos; y que fueron escritos con el fin de dejar una huella duradera en el lector. Del mismo modo, me parece que nuestra autora, al escribir estas páginas, utilizó un método similar y un tono parecido al del poeta de Lagos, por lo que cabe esperar que también dejará una profunda huella en sus lectores.

Me parece que *La Querencia*, en varias de sus partes, es un libro de poesía escrito en prosa; una prosa en la que su

autora engarzó cada palabra a las demás con oído certero y musical, para ofrecernos siempre frases limpias, sencillas y melodiosas que expresan con claridad todo lo que la escritora quiso trasmitir...

Como podrá corroborar el lector, a lo largo de estas páginas se describe con gran fidelidad el tipo de vida que llevaron nuestros padres y abuelos, dentro de un ambiente campesino de principios del siglo veinte. Quienes, siendo niños, alcanzamos a vivir en algún rancho de Los Altos mucho de lo que en este libro se cuenta, podemos constatarlo en la lectura de *La Querencia*, sabiendo que, hasta antes de la introducción de la radio y sobre todo de la televisión, la vida de los rancheros alteños se mantuvo inalterable con el paso de los años.

En el caso de Guadalupe Gutiérrez de Mantecón, la raíz de esta nostalgia y su afán por recuperar el pasado quizá fue el temor de que desapareciera un estilo de vida tan querido y lleno de valores humanos como el que por años distinguió a nuestra región dentro del gran mosaico de la cultura nacional. Por desgracia, la historia del país, de cincuenta años a esta parte, nos ha permitido ser testigos de cómo esas formas antiguas de vida son de repente distorsionadas y aún barridas por una especie de huracán que quisiera llevarse estilos de existencia consagrados por muchas generaciones de mexicanos.

Pero de cara a esta frustración, que tanto nos afecta como personas y que desdibuja los mejores rasgos de nuestro perfil nacional, no pensamos –ni por equivocación– que todo tiempo pasado fue mejor; sabemos muy bien que la vida moderna ha traído, aunque no para todos, múltiples

beneficios y comodidades de que carecieron las generaciones pasadas; pero, a cambio, los costos en varios sentidos han sido enormes, fundamentalmente en los ámbitos familiar y social, como a diario lo seguimos lamentando.

No obstante lo anterior, frente a esta suma y resta de nuestros valores más prestigiados, tenemos la convicción de que este libro nos ofrece la oportunidad de conocer de primera mano una forma de vida que va quedando rápidamente en desuso en nuestro pueblo y sus rancherías, por lo menos como forma de expresión cotidiana en las relaciones familiares y sociales, un modo de vida construido sobre los valores religiosos y familiares; particularmente, los de respeto a los mayores y a los compromisos asumidos en la palabra.

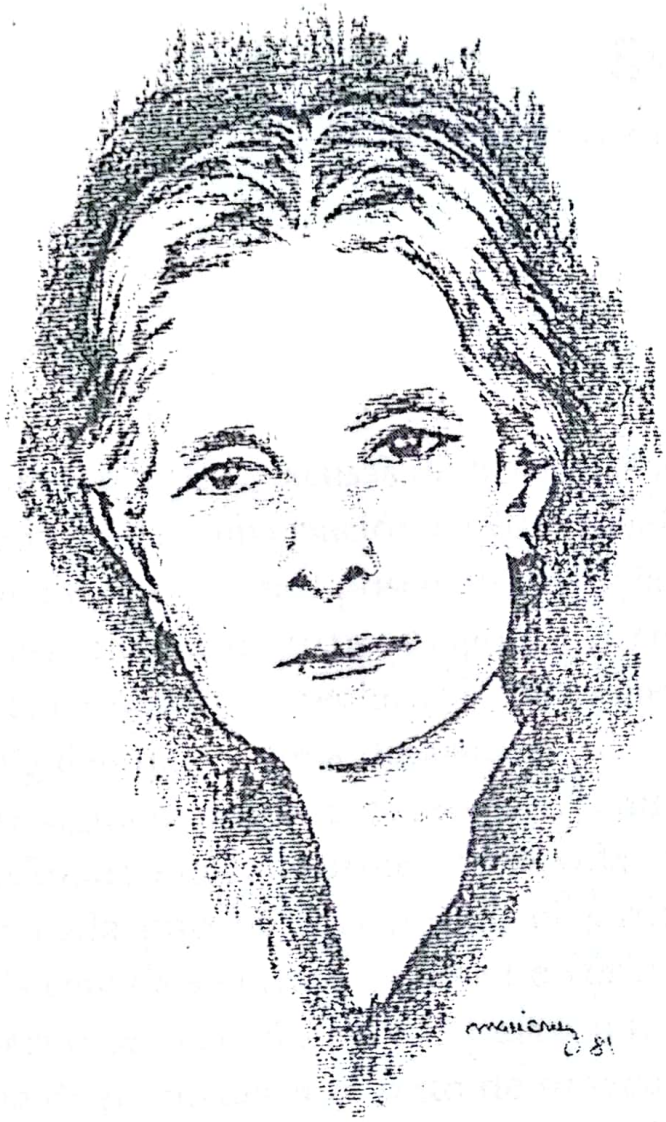
Como dije antes, considero que estos fundamentos han sido ya desplazados del centro que ocuparon durante cientos de años, y todo hace pensar que los jóvenes de hoy se mueven, en la vida, orientados por otros valores y llevados por impulsos y objetivos distintos a los que tuvieron nuestros padres y abuelos. Puede esto obedecer a cambios profundos que han dislocado las relaciones sociales y familiares; pero, al mismo tiempo, este drástico cambio de rumbo pudo tener su origen en la debilidad con que las últimas generaciones de mexicanos han enfrentado las circunstancias adversas vividas por nuestra nación.

Junto a este drama, cuyo desenlace no podemos todavía conocer, tenemos la confianza de que la lectura de este libro servirá para confirmarnos en los valores que todavía nos quedan, fundamentales a la hora de enfrentar los retos de

la vida moderna; y confiamos que sus reflexiones nos podrán ayudar a encarar mejor un futuro todavía más difícil.

Para terminar, no me queda sino recalcar que el lector tiene entre sus manos un libro muy valioso, aderezado con todo el sabor y el afecto por nuestra tierra. Adéntrese a él confiadamente y saboree sus páginas como manjar para su espíritu. En fin, mi más profundo deseo es que el lector de *La Querencia* recupere la fuerza y virtudes alteñas que encierra el libro con abundancia, para tonificar su mente y corazón, disponiendo así de mejores armas, por así decirlo, para enfrentar con éxito los días actuales y venideros...

José Atanasio Gutiérrez y Gutiérrez
México, D. F., diciembre de 2002.



Semblanza
Una vida entre dos guerras

Pretextos de mi parte y excusas de la suya se antepusieron, una y otra vez, a la conversación con mi abuela, mujer que a sus setenta y pico de años posee una vitalidad sin freno(*). Ya despierta al alba, siempre tiene algo que hacer: sea limpiar las jaulas de los pericos, arreglar el jardín o bien preparar la visita de alguien que viene a desayunar.

Hoy ese alguien, por fortuna, soy yo. Venir a visitarla es venir a disfrutar; a encontrarme con la vida, a sentir cómo entra por cada uno de mis poros; el jardín extenso y apacible; la comida y el trato amable de Porfiria, sazonados con el eterno letargo de Musti, perro que como nació cansado ha de permanecer el resto de su vida bajo la mesa de la cocina; y la actitud estoica de Bruno, filósofo gato negro, dedicado a la vida contemplativa con ojos de sabio.

Las diez de la mañana: La abuela corre a su clase de Cultura Griega o a su Taller de Literatura, según el día. La muerte reciente de Eduardo Blanquel puso fin a su clase de Historia. Vuelve a su casa en San Ángel, come y por la tarde duerme una siesta. Escribe unas líneas en francés, "para que no se me olvide"; lee y garabatea en el papel,

* La presente semblanza se escribió mientras la autora aún vivía.

borra, tacha, ensaya, corrige signos que sólo ella entiende y que se convertirán más tarde en situaciones nuevas, en estados de ánimo, en personajes desconocidos.

"La curiosidad mató el gato", dice el refrán. Comienzo con tus anécdotas y relatos, abuela, y no puedo hacer otra cosa sino hurgar un poco; indagar qué hay detrás de tus palabras llenas de campo, de seres mágicos por ser tan reales...

Si de algo estás orgullosa, es de ser jalisciense. Si te preguntara: ¿Hubieras querido nacer en París o en Roma?, contestarías: "No, señor; ¡jalisciense hubiera querido ser, y de Los Altos!" Sencillamente porque ahí naciste y es de donde provienen tus recuerdos más tiernos que, ahora a tu edad, están más exacerbados y vivos que nunca.

Dices que lo que entonces pasó lo tienes presente como si vieras una película: tus primeros pasos en el rancho La Medianega; el terror que te provocaban los cuentos de Cleofas –una vieja criada indígena–, a quien perseguías por toda la casa para que te contara historias de aparecidos y fantasmas, como aquella de que en la troje se aparecía Andreíta, la primera mujer de tu padre.

Creciste en un ambiente de religiosidad exagerada, que a la distancia disculpas: con esa mentalidad fueron educados tus padres y tus abuelos, sus padres y sus abuelos. No obstante, todavía ahora te sorprende la actitud de tu madre, tan distinta de la de tu padre. Para él Dios era un ser a la cacería de pecadores, nomás en espera de ver dónde los pescaba para remolerlos a leñazos. Lo recuerdas en el comedor, donde empezaba a lanzar suspiros profundos, y mientras apoyaba la cabeza en su mano decía:

"¿Qué será de nosotros en la Divina Presencia? ¡Ay de nosotros el día que rindamos cuentas ante el Supremo Juez y recibamos su sentencia: dichosos o infelices para siempre!"

Y ese "para siempre" lo alargaba: "para siempre, para siempre..."

Cuando aquello sucedía, tu madre con una sonrisa te llamaba aparte:

"No tengas miedo –decía–, Dios no es así. Él es misericordia y su oficio es perdonar. Para eso vino al mundo: ¿va a ser más poderoso Satanás que Cristo, quien vino a redimirnos? Él vino a salvarnos a todos. A todos."

En las madrugadas, con el cielo aún salpicado de luceros, tu padre los reunía en la sala para hacer oraciones interminables. Al finalizar despachaba a tus hermanos varones al lugar donde había quehacer: "Tú te vas al potrero de Las Águilas; tú, a ver cómo va la siembra. Yo voy a vigilar la ordeña." Como eras la más pequeña, te quedabas en la casa sin ningún oficio marcado, excepto vagar por los alrededores. Entonces practicabas la equitación, pero tu tamaño exigía que fuera sobre los puercos: montabas los que no eran de raza fina, unos blancos y flacos denominados "talachones". Te abrazabas a ellos porque invariablemente se metían por garruñales y espineros, de los que siempre salías muy mal librada. Pero nunca te enmendabas, abuela.

No tenías siquiera cuatro años cuando tu madre te enseñó a leer en el *Silabario de San Miguel*. Y te decía con tristeza que su abuela, doña María Manuela, la había enseñado a leer pero no a escribir. Se educaba a los hombres; las mujeres debían aprender a guisar, a deshilar, a bordar... Pero si se les enseñaba a escribir, ¡qué horror!, iban a contestar las

cartas que les mandaban los novios, y eso era in-ad-mi-si-ble. La mujer era vigilada, mientras el hombre podía emborracharse, tener amistades de todos tipos y calibres. La mujer, "la diosa reina del hogar", la esclava gobernada por el hombre, tenía que estar en casa diciendo "sí, señor" a todo lo que su amo le mandara.

Desde que aprendiste a leer, devorabas cuanto papel caía en tus manos. En tu casa no había libros, salvo el *Calendario del más antiguo Galván*, fundamental para conocer el estado del tiempo, y *El Año Cristiano*, en el que se relataba cada día la vida del santo a cuya fecha pertenecía. Siempre te quedabas impresionada ante aquel martirologio, pero volvías a él una y otra vez quizá con un poco de morbosidad...

Enterado de tu afición por la literatura, el cura del pueblo mandaba con tu padre novelas del Siglo de Oro, romanceros y alguna historia de la literatura. Dicen que a los doce años conocías a Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca y otros escritores.

Cuando te mandaban a dejarle la comida a tu padre, que trabajaba con los peones en potreros lejanos, al regreso –ya con los cacharros vacíos– arrancabas una mata de cualquier planta e imaginabas que eras un pretor romano. Sujetándola del tallo, le preguntabas: "¿Eres cristiana?" Tú misma inclinabas la mata; diciendo que sí. "Renuncia a Jesucristo, adora a los ídolos; cásate con uno de los grandes hombres de Roma." Y en tu mano la mata se mecía diciendo que no. Así durante el camino le arrancabas hojas y flores, dándole tortura. Cuando llegabas a la casa sostenías un garrote pelón pero victorioso: no había cedido.

Vinieron años difíciles, abuela. ¿Los recuerdas? La

adolescencia, no sólo entendida como tus trece, catorce años, el difícil paso de la niñez a la vida juvenil. También el dolor de la gente que sintió de pronto amenazado el por qué de su vida, el sentido de su existencia...

Por aquella época se desarrolló en Jalisco la gesta cristera. Eras entonces tan pequeña y soñadora que –quizá no por convencimiento, sino por novelera– te uniste a un grupo llamado Liga Juana de Arco, dirigido por Juanita Hernández. Bajo el pretexto de ir a merendar, salían al campo con las canastas repletas de parque; el cargamento, depositado al pie de un árbol, previamente acordado con el enlace, era cubierto de piedras.

El ejército del gobierno persiguió con verdadera crueldad a quien tomaba parte en la ayuda de los sublevados. Se enteró del grupo que formaban: violaron a varias muchachas y cometieron vejaciones de todo tipo. Conscientes de que un nuevo destacamento de federales había llegado al pueblo, tus familiares decidieron esconderte en casa de un tío abuelo que vendía ollas de barro. Entre cántaros y cazuelas, te hicieron un refugio.

Fue el día que Lindbergh atravesó el Atlántico: estabas encandilada con la guapura de aquel hombre, como con el avión y el gato que lo acompañaba. Dices que no estabas angustiada; antes al contrario, motivos no te faltaban para que no te sintieras heroína de una novela: escondida entre jarros, liberándote de la persecución religiosa. Pero eso sí, enamorada de Lindbergh, que era un tipo guapísimo.

Tus hermanos participaron en varias escaramuzas; incluso algunos primos y tu cuñado militaron entre los cristeros. Finalmente decidieron establecerse en la ciudad

de México, donde los esperaba un pariente radicado desde algún tiempo atrás. Recuerdas el día en que José de León Toral mató a Álvaro Obregón, quien era presidente recién electo, pero por parte de los cristeros ya estaba sentenciado. Uno de tus primos era el designado para matarlo: el primer mandatario iba a pasar por León, Guanajuato; el tren no paró y el Manco de Celaya escapó con vida. Confiesas que su muerte, unos meses más tarde, les causó una profunda alegría: era el justo castigo al perseguidor de los cristianos.

Por aquel entonces conociste a José: un abarrotero español, honrado, trabajador y muy guapo. Te declaró su amor, lo correspondiste y a los dos años se casaron. Tenías dieciocho. Cuando cumplieron su cuarto año de bodas, te propuso ir a España para que conocieras a su familia. Y con tan buen tino, que llegaron cuando estalló la guerra civil española. Al principio tuvieron oportunidad de regresar, pero creyeron que la guerra no estallaría.

El momento no se hizo esperar: lo llamaron a filas. Te quedaste con tres hijos en casa de tu suegro, tío Polo, donde pasaron penurias sin cuento: hambres, angustias y horrores. Allá nació el cuarto, una niña. El médico del pueblo, al estallar la guerra, huyó a Burgos. Los tendajones estaban vacíos. Las vecinas acudieron solícitas para ayudarte, pero al parir estabas sola. Una de tus cuñadas, seis años mayor que tú, no pudo atenderte porque era señorita. Cuando sentiste que la criatura se movía entre tus piernas, le avisaste y llamó a la madre de su novio: tía Justina, quien sin lavarse las manos cortó el cordón umbilical y extrajo la placenta.

Te quedaste tiritando, las convulsiones hacían chocar tus

dientes. Consiguieron un té de tila que no pudiste tomar endulzado: en todo el pueblo no había azúcar, y quien la tenía la guardaba celosamente para sus necesidades. La niña fue lavada con agua hervida y ceniza. Durante los tres años que duró la guerra, en Santander no hubo jabón; la ropa únicamente se remojaba en agua hirviendo para matar los piojos.

La noche que nació la niña, tus tres hijos mayores tenían tos ferina y los accesos les hacían volver el estómago. La mayor desde su camita decía: "Mamá, yo quiero chocolate"; "no tenemos, hija; duérmete", le contestabas mientras los dolores del parto iban y venían. Mi madre volvía a insistir: "Mamita, tengo hambre; ¿hay pan?". "No, hijita, duérmete", la calmabas esperando a que llegara el día para ver si don Eulogio –quien repartía la comida- estaba de humor o no se había ido de parranda para Asturias. Terminaba la niña: "Mamita, ¿me puedes dar agua? Y en medio de los dolores bajaste a la cocina para llevarle eso: agua.

¿Lloras, abuela? La memoria es un arma de dos filos: lo mismo nos permite revivir situaciones placenteras que desagradables. Pero siempre es bueno saber que adentro de nosotros hay gente, olores, sensaciones: hay vida en abundancia.

A la mañana siguiente, dos vecinas llegaron con un ramo de rosas. Era mayo. Traían una gallina flaca que más bien parecía una radiografía de gallina: puesto que no había comida para la gente, a los animales les daban ortigas hervidas con agua, sólo para mantenerlos con vida. Tu

cuñada partió la gallina en dos; colgó una parte en una sombra de la cocina, e hirvió la otra para servírtela con un poco de caldo.

La cama donde reposabas estaba rodeada por tus tres hijos y algunos sobrinos, quienes se quedaron con ustedes mientras su madre subió a guardar unas vacas. Los chiquillos, pasmados, te miraban comer la gallina. Era imposible continuar: les diste el animal y tomaste algunos sorbos de caldo.

Un mes después tu marido obtuvo un permiso para venir a conocer a su hija. Dejó las piltrafas mugrientas que usaba como uniforme, y se bañó con una hierba llamada turbia para matar los piojos. Le diste una muda de ropa que celosamente guardabas.

Caminaron por la orilla del río Vendul, tomados de la mano, hasta que llegaron a una finca donde les regalaron un canasto de manzanas. Ese mismo día tuvieron una cena espléndida: manzanas crudas para empezar, manzanas al horno el platillo segundo y, como postre, compota de manzana. Mientras disfrutabas de la presencia de mi abuelo –que al día siguiente debía volver al frente-, en el comedor estaba el cuerpo de Raquel: una sobrina de seis meses que había muerto de hambre.

Pasó el tiempo: en agosto mi abuelo se dejó aprehender por las tropas franquistas, circunstancia que aprovechó para confesar su auténtica filiación a la Falange española, ya que había sido reclutado contra su voluntad por el ejército republicano. Finalmente fue puesto en libertad, mediante el decreto que eximía de estar en el frente (a cambio de trabajos burocráticos) a quien tuviera cuatro hijos o más.

Coincidió por esas fechas la salida de un barco de Lisboa con destino a México: a las dos de la mañana salieron a los prados a recoger la ropa tendida; así, mojada, la metiste en baúles. Habías guardado un abrigo, unos zapatos con los tacones derechos y quinientos dólares, por si alguna vez podían regresar a México.

Cuando llegaron aquí, las voces de la gente te parecían maravillosas: varios años sin oírlas; varios años de escuchar el acento español que no era el de tu tierra. Dices que las hubieras grabado como si fueran una melodía.

Tu hermano mayor, quien los fue a recibir al puerto de Veracruz, te preguntó qué querías comer: "¡Tortillas y frijoles negros"!, exclamaste. ¡Oh, desdicha!: los molinos estaban en huelga, no había masa. "Pero el gusto se te hace", señaló mi tío Chema, y los llevó a la Choca, unos kilómetros adelante. No podías creerlo: ¡Ahí sí había tortillas! ¡Había frijoles negros! Reflexionaste entonces que no hay que ser ambiciosos, no hay que pedir alhajas; la mejor dicha es tener un canasto de bolillos y jabón para lavar la ropa.

Y llegaron a la ciudad de México. Tenían la casa que dejaron; el abuelo consiguió trabajo y tus hijos llegaron hasta completar una docena. Todos han sido buenos, con mayor o peor fortuna: algunos se han enriquecido; otros con su quehacer cotidiano sobreviven modesta pero decorosamente.

La familia es tu encanto: cuarenta nietos y la lista de bisnietos empieza a crecer. Parece que no hay día en que no esté uno de visita: todos sanos y llenos de felicidad, acuden al mismo lugar donde crecieron sus padres; al jardín en el que aún se te encallecen las manos plantando, podando,

quitando hierbas. Dices que ya eres vieja, pero tienes salud. ¿Acaso puedes pedir más?

Escribes porque tienes recuerdos muy gratos, algunos muy dolorosos. Porque te gustan los efectos de la naturaleza, cómo se mueven las ramas con el viento, la forma de las nubes; adoras la lluvia, las tormentas, los rayos. Te gusta describir lo que ves, lo que oyes, lo que hueles. Tan es así que el olor del chocolate, ese aroma tan peculiar, te transporta a la infancia.

Es que en verdad existen tantos y tantos pretextos para escribir…

Has llegado a la conclusión de que hay muchas cosas en la vida que vale la pena vivirlas: el afecto de quienes nos rodean, el olor del café caliente; levantarse en la mañana y constatar que podemos ver el brillo del sol, que el cielo tiene nubes. Que hay gente con quien podemos compartir nuestra amistad y nuestro pan.

Gonzalo Vázquez Mantecón.

PORTALILLO

Prólogo de la primera edición

Como entrañable olor a tierra mojada, es el caudal de recuerdos que, para mi fortuna, coseché en un rincón de Los Altos de Jalisco, mi tierra.

Es la leyenda campo y campo, dice Darío al darnos paso a las páginas de "Flor de Santidad" de Valle-Inclán. ¡Campo y campo! Ahora, ante estas otras páginas -relatos, que no leyendas- cabe asentar: Campo y aldea. Casa, patio y "cocina negra de hollín". Asomo de jardín. Jazmineros y golondrinas. Amigos y vecinos. Provincia. La cenceña presencia del padre. La bondad materna. Y en el fondo, en tiempo y en espacio, una mujer. Una mujer que, recia ya, tras haber forjado generoso nidal, y contemplado más tarde, resignada, el vuelo, uno a uno, de los polluelos, lejos también el fiel compañero, en relativa si bien amable soledad, recoge en jirones del recuerdo su niñez y adolescencia para prenderlos en el metal del habla castellana, apartándose a menudo de comunes normas para darles el sabor del solar nativo y encerrarlas en el "entrañable olor a tierra mojada", aún en los días de mayor sequía, cuando el cielo, agostando las mieses, a cambio de lluvia, derrama su intensa luminosidad por la dilatada tierra, hasta dejarla prendida fijamente en la lejanía.

Como la querencia. Como el recuerdo.

Adam Rubalcaba, 1981

La Querencia

Guadalupe Gutiérrez de Mantecón

La medianega

Así, de pronto, el nombre del rancho suena vulgar, sin interés. Para mí tiene un encanto subjetivo. A través de la distancia y del tiempo largo, me resulta suavemente amable recordarlo. Tiene belleza en todas las épocas del año. En marzo los huizaches se llenan de pomitas amarillas con insinuante olor de primavera. Por el tronco rugoso de los mezquites sube la savia que rompe en floración pálida y menuda para mecerse en las ramas acalambradas y extensas.

¡Cómo pululan las abejas! El aire en los zarzales es dulzón y huele a cuaresma. Los viernes, no se trabajaba el campo. Eran días de ayuno, y los hombres devanaban las horas de la mañana a caballo. Recorrían las cañadas, bordeaban los potreros en busca de coyotes.

En la casa, con mi madre, quedábamos nosotras, preparando los platillos de vigilia, escándalo de apetitosos aromas.

Cuando el sol redondeaba la sombra del zapote, rezábamos el Angelus y aprestábamos la mesa ante el próximo arribo de los hombres, precedido por el ruido de los cascos en la vereda. Mi madre se esmeraba con algún plato extra que compensaba el ayuno.

Luego, los ladridos de "Coronel" avisaban de la llegada de algún compadre que, desde la altura de su caballo y sombrero en mano, saludaba llamando a la puerta con un rotundo ¡Ave María...!

El zapote

Alto, fuerte, arrebujado en espeso follaje de hojas duras, charoladas.

Mecidas por el viento, las hojas rumorean arañándose, con barajar de naipes. Negro y erizo el tronco, a mi corta estatura de niña, era un gigante.

Lo ceñía un arriate de adobones rojos que retenían la tierra donde brotaban el toronjil, la hierbabuena, el poleo y la ruda (farmacología campesina, suplente de los productos de botica).

Con celo, la familia entera defendía nuestro exiguo jardín de la voracidad de las gallinas, que aprovechaban el más pequeño descuido para devorar sus plantas a picotazos.

A veces, por la noche, terminada la cena siempre tan frugal, mi padre me ordenaba salir de la cocina, negra de hollín, cálida de leños encendidos, para ir a buscar tabaco en bruto, almacenado en la troje, al final del patio, donde se abría una boca negra, remarcada por las sombras de la noche. Allí, según Cleofas la sirvienta, aparecía de vez en cuando, la difunta Andreíta.

¿Cómo negarme aduciendo mis temores? Andreíta fue la primera esposa de mi padre... Además, según él aseveraba... "Quien tiene limpia la conciencia, no debe temer a nadie". Y así, me lanzaba atropelladamente hasta llegar debajo del zapote, donde tomaba aliento para introducirme en la negrura de la troje, tupida del olor penetrante del tabaco. Apresurada, hundía la mano en la boca del costal destinado al consumo, y sacándolo con rapidez, ciega, desalada, corría de nuevo para cruzar el patio,

donde no sé si, calmantes o medrosas, jugaba con sus hojas el zapote.

Golondrinas

Menudas, morenas, parlanchinas e inquietas. Invariablemente llegaban juntas con la primavera. Rasando el suelo a veces. Eran relámpago sesgado en ascenso a los pretiles musgosos de la casa campesina. Boquiabierta, yo seguía con los ojos la escaramuza de su acomodo, nunca definitivo. Se consultaban con charla entreverada, femenina, posándose con móvil gentileza sobre los canalones de la techumbre.

Tomada ya su decisión, apresuradas construían sus nidos de barro pardo, briznas y pajillas. Una vieja leyenda aconsejaba no destruirlos, asegurando así la bonanza de los hogares elegidos por las graciosas emigrantes.

A los primeros ramalazos del viento otoñal, en sumisión colectiva partían de nuevo en nube tupida, bulliciosa, tramontando lomeríos vestidos de huizachal.

Mis ojos se prendían a su vuelo hasta perderlas de vista, dejándome un sabor hondo de tristeza y envidia. La primera, por su partida, y la segunda por no poder volar con ellas.

La fe

Las milpas se secaban. Sacudiendo las hojas, acarrujadas, azulosas. En filas extensas, eran fantasmas clamando por la lluvia. Los surcos, agrietados, sedientos, metían preocupación y pena.

En el cielo había nubes, pero estériles. El viento, como las traía, se las llevaba. Cada día se tornaba en esperanza fallida. Con actitud humilde, musitaba mi madre: "Si permitiera la Reina de los Cielos..."

Cada noche, antes de acostarse, salía mi padre fuera de la portalada. Liando un cigarro de hoja, ponía cocuyos entre la sombra bochornosa, mientras oteaba el horizonte, allá por el portillo de los cerros, en busca de un relámpago, de una esperanza, para de nuevo entrar en casa diciendo convencido: "¡Castigo de Nuestro Señor, no es otra cosa!".

Una noche decidió que, después de cenar, todos hiciéramos un recorrido por los campos, llevando delante un cuadro de la Santa Virgen, refugio de pecadores. Bordeando extensos barbechos, mientras alternábamos el rezo del rosario con himnos demandando clemencia resuelta en agua para los sembrados. Rendidos de la fatiga volvimos a casa, para caer como piedras en el pozo del sueño. Picaba la madrugada cuando nos puso en pie la voz de mi madre: "Despierten, levántense, está cayendo un granizal".

Entre continuos relámpagos y rayos, el estruendo ensordecedor parecía derrumbar el mundo. Como queriendo superarlo, gritábamos a voz en cuello el Magnificat, el "Jesucristo, aplaca tu ira", rematando con invocaciones a Santa Bárbara, doncella..., finalmente, la

cellisca paró, dejando sitio a una lluvia mansa y sostenida. Volvimos a la cama. Irrumpió el día limpio, hermoso, como estrenando sol. Cada surco era una cinta cabriteante de luz, en cuyo lomo formaban enrejado las cañas deshilachadas del maíz, semihundidas en el barro.

Sereno, mi padre dijo: "Se acabaron las milpas, pero ahí está Dios. El sabe lo que hace. Estamos en sus manos".

Rosillo

No era un "pura sangre", pero era de gran alzada y tenía una linda estampa.

Dócil de rienda, de andadura pareja, ancas redondas y lustrosas, mansa y tupida crin. Su color le dio el nombre.

Por todo esto, lo escogió mi madre entre los otros. En él se transportaba a Jalos. Al sentir la caricia de su mano, enderezaba el cuello, serio, confiable, orgulloso.

Varios años contaba cuando la gesta cristera levantó en armas al campesinado de Jalisco. Fue un honor batirse por causa tan alta; así, lo menos que pudo hacer mi padre, fue donar cinco de los caballos que poseíamos. Para un ranchero es algo imprescindible su montura. Sólo se reservó a Rosillo. Allá fueron también su máuser y su "treinta-treinta" que, para defensa, colgaban en la pared de la troje.

Algunos parientes ingresaron fogosos en los grupos rebeldes.

Una tarde de octubre, con aromas de hierba sazonada de otoño, sentados en la besana de un barbecho ya pizcado, dos viejos comentaban las derrotas y los triunfos de "los

nuestros". Fumando cigarros de hoja, vieron de pronto una polvareda avanzar tramontando la cuesta del arroyo, del que surgió un pelotón de "federales". Los viejos hubieran querido huir, esconderse detrás de algún mogote, pero ya era tarde; intentarlo, infundiría sospechas, pues ser alteño era ser cristero o, por lo menos, simpatizante de la causa. Y allí quedaron expectantes.

Destellos de luz bailaban en los quepís y los rifles de la tropa que avanzaba, a trote largo, bordeando el lienzo de piedras circundante de un potrero.

Entre arbustos y herbazales retostados, cobrizos, un caballo pastaba solitario. En la cabeza del sargento prendió un capricho: adueñarse del animal. Arbitrario, ordenó hacer un portillo en el cercado, irrumpiendo a galope en el potrero. Al sentirse perseguido, huyó el caballo internándose en la maleza. Terco, obsesionado, no cedía el militar. El sol iba cayendo y, sin lograr su objeto, ciego de ira, aprovechó el momento en que la bestia cruzaba un claro. Sacando su reglamentaria, la disparó con puntería certera sobre Rosillo que rodó lanzando un relincho agudo, penoso.

Desgreñado, sudoroso, renegrido, el sargento escupió furioso: "Alteño tenías que ser..." Con un salto, metiendo espuelas, repasó el portillo, entre piedras rodadas, y prosiguió el camino seguido del pelotón. Cuando éste se perdió de vista, buscando al caballo, se internaron los viejos en el monte. Le llevaron agua en la copa de su sombrero, pero ya no la pudo beber.

El "Nooópales"

En el poblado amable, el atezado cerco de la hierba presiona con tenacidad el empedrado. El sol pone brillo en el lomo rosado de las piedras. Las aceras angostas se pegan a las paredes de puertas franqueadas. Cada patio es muestrario profuso donde alardean los malvones rojos, en competencia con altamisas blancas y espuelitas azules. Algún granado exhibe su fronda de verdes incendiados en rojos luminosos. En jaula de carrizo, a la sombra del zaguán, canta en arrullo quejumbroso una huilota. Por la calle soleada, avanzadillas de viento joven tropiezan con los postigos de ventanas abiertas.

Doblando una esquina, aparece un indio tocado con sombrero de zotole, camisa de manta blanca, limpia. En la paz luminosa de la mañana, marca la acera el sonar claveteado de sus huaraches. De un brazo cuelga una canasta desbordante de nopales tiernos, picados, que se adorna con manojos de cilantro florecido, mezclando su fragancia antojadiza al frescor rezumante de su mercancía.

Camina de prisa cantando su pregón alegre: "Nooópales"... y es señuelo que atrae corriendo hasta las puertas de las amas de casa, para comprarlos, ya sin espinas y cortados, y reclamar la rama de cilantro, obsequio útil y agradable:

-¿A cómo los da, Marcial?

-Baratitos, niña: dos centavos el plato.

-Déme cuatro bien copeteados y el "pilón".

Los dedos oscuros se hunden sacando la medida a satisfacción de la marchanta. Sigue Marcial de puerta en

puerta, acompañando su oferta con el brillo blanco de la sonrisa, hasta vaciar del todo su canasta que volverá a colmarse el siguiente viernes de Cuaresma: día de abstinencia en que la carne será suplida por verduras, cereales y postres de rutina.

Marcial, "el Nooópales", tornará de nuevo con su limpio pregón.

...AL QUE LO HA MENESTER

La comadre Mónica se encajó el rebozo tras de la oreja, y mirando a Crucita con tristeza, le endilgó una sarta de consejos y advertencias. La voz monótona y quejumbrosa se diluía en el ambiente prendido en atención: "Mira nomás, criatura, tan moza, tan tierna y ya quieres casarte. Porai andan los díceres que dizque te pretende Pedrito Mercado, el muchacho de don Eduviges; ¡No seas tonta ni te dejes embaucar! ¡Estás en un jardín de flores, no escojas un chicalote!"

Dejó escapar un suspiro ruidoso, se le huyó la mirada a la lejanía reviviendo recuerdos, y continuó: "Como dice el dicho: De tal palo, tal astilla. Lo que ha sufrido su madre, Pablita, que es una santa... ¡Si aquellas lomas hablaran! Dirían cómo la infeliz dejó porai hasta las clavijas que el ingrato marido le tumbó a bofetones. No te creas de los hombres, prometen el oro y el moro, y luego ya que son los amos, te tratan con la punta del zapato. Allí tienes a la pobre de Sanjuanita, la de mi primo Melquiades. ¡Bien que se lo hicieron ver para que no se casara con el Ceferino! Pos

aunque mucho se lo advirtieron, ella metió capricho, y así le fue..."

Conforme alargaba la perorata, su agitar se crecía. Con los dedos morenos y resecos de la mano curtida, se enjugaba las comisuras de la boca, para proseguir su no atajada elocuencia: "Antes de un año, Ceferino se largó pal norte y dejó a Sanjuanita como bien dicen: cargando el ´organito´. Y pa su jamás. Ahora la infeliz tiene que sobarse el pulmón con la costura, pa echarse un trapo encima; y para la de adentro (señalaba su estómago) tiene que atenerse a los huevos de sus gallinas que le vende a Julián, el maritatero".

Luego, como endulzando el panorama negro, ponía el contraste: "¡Y lo que está de Dios, al que le quiere dar suerte! Ai tienes a Cuca, la de Estebanito el de Coca. A ella también se le fue pa'l norte su cristiano; pero ya volvió, con centavos y bien ajuareao de ropa. Le trajo a su mujer una ´suera´ naranjada que acá le da" (y con la mano a medio muslo, indicaba el largo de la prenda). Volvió a suspirar y prosiguió: "El trajo unos botines que parece mosco rosero. Tú encomiéndate a Dios y pela bien los ojos. ¡No comas ansias! Que eso del casorio es un albur. Porai dicen que también te anda rondando Crucito Lomelí, ´el Tecolote´... no te vayas a creer de él; nomás de currito, sin oficio ni beneficio; no le gusta doblar el lomo; tiene el rancho de La Teja abandonado en manos de un peón. ¡Vale que son unos peladeros que no sirven ni para amarradero de chivas!".

Luego, entre compasiva y suplicante, añadía: "Ese no te va a mantener. Nomás te lleva ´gallitos´ y te canta cosas bonitas, pero no agarra quehacer. Tú nomás fíjate cómo andan su madre y hermana. Están secas. Son las puras

cuerdas. Yo creo que es de hambre. Si no fuera porque se arriman tanto a la niña Trina González, que es un alma de Dios, quién sabe cómo les hubiera ido!"

Poco a poco se fue calmando hasta callar. Mónica se enjugó la cara con las puntas del rebozo. Se enderezó con rumor de enagua almidonada. Miró por la puerta al cielo oscurecido. Se venía encima el aguacero. Crucita no trató de retenerla. La tarde ya caía, y oleadas de aire frío barrían el patio, erizando las plumas de las gallinas, empujadas al abrigo de la caballeriza.

Dejando saludos muy encarecidos para la familia, que no se encontraba en casa, salió de prisa, para dirigirse a la suya.

Crucita sonreía meditativa, entre convencida y dudosa. Allá en el fondo, se sentía halagada por el revuelo despertado a causa de sus lucidos dieciséis años.

Los abigeos

Ya hacía días que se venía notando la falta de algunos animales. Primero una vaquilla, luego un potro, después una becerra.

Al principio, mi tío Nicho pensaba que andarían extraviados en algún rincón de las cañadas, aunque era raro que se apartaran de la vacada.

Atando cabos, cayó en cuenta de que las bestias desaparecían cuando pastaban en el potrero de la lagunita, colindante con el camino real. Las pérdidas ocurrían durante la noche. . . ¡Cómo no se le había ocurrido! Una de

esas, después de cenar y rezar el Rosario, entró en la troje del maíz; de una estaca de la pared descolgó el máuser y, sin decir una palabra, salió de la casa y tomó la vereda hacia los potreros de arriba, rumbo al de la laguna.

Noche oscura, como boca de lobo. No se distinguían las propias manos; las pisadas hacían crujir la grava del camino sabido de memoria. Un ramalazo de viento sacudió las milpas frotando sus hojas con quejido rasposo.

El tío Nicho fue abriendo portillas de trancas, volviendo a cerrarlas, cruzando alambrados y cercas de piedra de macizo encimado. Ya había llegado a los pastizales donde estaba el ganado. Por el resoplido de las bestias, adivinaba dónde estaban echadas y seguía avanzando. Ya sentía el leve rumor del agua chasqueando contra la orilla tupida de hojarasca y de tules. Se detuvo aspirando el olor tan propio del agua estancada.

De repente, se sintió sujeto por los brazos y desarmado. El resuello caliente y agitado de por lo menos dos hombres, le dio en la cara. Sin pronunciar palabra, le tiraron al suelo, amarrándole con brutalidad las manos a la espalda y los pies ceñidos por los tobillos. Ni resistencia opuso, tan repentino fue el ataque.

Mudos, los forajidos se alejaron llevándose el máuser y la cobija de lana con que se abrigaba, dejándole impotente y furioso, revolcándose entre los matorrales mientras deducía, del mutismo de sus atacantes, ser gente conocida que así procedía por no delatarse.

Las horas pasaban lentas y no conseguía desatarse de las ligaduras que le causaban punzadas sordas en las muñecas y hormigueos quemantes en los tobillos.

El viento despejó las nubes; la posición de las estrellas marcaba ya la madrugada cuando logró zafarse la cuerda de los pies. Aprovechó la pobre claridad del alba para retornar a su casa. Ya no sentía las manos hinchadas y dormidas y, al llegar a cada lindero, debía tirarse al suelo para pasar rodando bajo las alambradas de púas, que le rasgaban la ropa y las carnes. No había defensa contra los garruños de los espinos que le arañaban rostro y cuello en la rodada.

Clareaba el día cuando, con un pie, golpeó la puerta de su casa, que al instante se abrió, pues su mujer, angustiada por la incertidumbre, no había dormido ni un instante, aunque no quería asustar a las criaturas. Cortó las ligaduras con dificultad a causa de la horrible hinchazón y, mientras le lavaba golpes y heridas con un cocimiento de árnica, escuchó el relato desbordado de iracundia. Llorosa, y al mismo tiempo agradecida a la Providencia por no lamentar males mayores, prometía llevar de rodillas una vela de cera gorda a nuestra Señora de San Juan de Los Lagos, en la próxima Candelaria.

En tanto, Don Nicho pensaba: A como dé lugar, me la van a pagar estos hijos de la tiznada.

Lluvia

Me gusta la lluvia. La tolero y hasta la celebro aún cuando estropee algún evento. Debe ser porque nací un domingo lluvioso del mes de junio. El río bramaba, arrastrando su botín de árboles desgajados y animales sin vida. Su rugir,

atropellante y turbio, se tragaba las voces de quienes, desde la ribera, lo miraban pasar con respeto y temor.

Esto me lo contó mi madre. Después, y muchas veces, tuve ocasión de verlo yo misma. La tempestad me fascina. Ese trueno del rayo, que arrastra sus roncas sonoridades por los túneles negros de las nubes; y la lluvia cayendo en cataratas que anegan los surcos y flagelan los maizales, restallando las sierpes de sus hojas.

¡Qué escándalo el de los arroyos encrespados de espumas y de yerbas jaladas a su paso! El viento en crisis desatada, zarandeando las ramas, desmelenando espigas, apuñalándonos la carne y abofeteándonos el rostro en connivencia con la lluvia.

Mi madre me permitía caminar y jugar bajo las tormentas, llevando la contraria a los regatos, para volver transida y enlodada a bañarme en el chorro de los canalones, ponerme ropa limpia y seca, y esperar, acurrucada en la cama, un jarro humeante de leche con miel y dormir calientita hasta la mañana siguiente.

Retrato

Alto, cenceño, era mi padre. Hubiera servido de modelo al Greco. Salvo sus manos, de estructura y herencia labradoras: grandes y fuertes. Si montaba a caballo, si sostenía el arado, si entre el ganado echaba una mangana, prendía mi admiración. Austero y sobrio, cristiano viejo. Con el alba se levantaba, y con él, la familia entera. Juntos orábamos con preces de sabor medieval. Aún las recuerdo. Las aprendió

de sus mayores, quienes las habían asimilado de sus ancestros.

Cada uno de mis hermanos tenía una labor marcada. Mi padre trabajaba junto con hijos y peones. Su conducta irreprochable le hacía intransigente y enérgico. A veces, por la noche, aunque el cansancio era obvio en él y en mis hermanos, se rezaba el rosario, se estudiaba el catecismo, y con frecuencia tocaba el acordeón para acompañar cantos religiosos. Tenía de vez en cuando sus solaces: cuando algún amigo nos visitaba, reía y hasta contaba chistes, mientras jugaban con una baraja resobada y vieja. Eso sí: el juego seguía al rosario y, por supuesto, sin apostar "ni un quinto".

Una noche de octubre, hacía llena la luna. La disfrutábamos con mi madre, sentados al aire libre en el patio. Había llegado de visita el compadre Goyo. Amistosamente él y mi padre jugaban un reñido "conquián", adentro, en la sala. Fuera, platicábamos riendo y gozando el plenilunio, además de una brisa ligera que mecía las hojas del zapote. Por el viento vino el retumbar de la tambora. Era la distracción favorita de Víctor, el más joven de los medieros del rancho, allá en el otro lado del arroyo. Sosteniendo las cartas en la mano, mi padre hizo un alto en el juego, para enjuiciar al indio, que allá lejos, descuidado, atronaba la noche con su júbilo: "¡Ya está ese badulaque molestando! ¡Mejor haría en ocuparse de cosas serias, no sonando la tambora!" Y añadió sentencioso: "¡Así le irá en la Divina Presencia"!

Sonriendo irónica, expuso mi madre: "Mira, Casiano, unos con tambora y otros sin tambora, de todos tendrá Dios misericordia. ¡Estoy segura!".

Ciprianita

A veces, la encontrábamos al salir de misa los domingos; o en la plazuela fronteriza a la iglesia, donde al aire libre, sobre el empedrado, pirámides de duraznos, membrillos, naranjas y otros frutos, eran embriaguez para los sentidos. Cada vendedor pregonaba su mercancía con ditirambos estentóreos. Fiesta de luz, colores, voces y aromas.

Prendida de mi madre, gozaba de aquel esplendor de vida. Frente a una montaña de tunas norteñas, estaba Ciprianita: Una arruga partiéndole las cejas, el pelo oscuro recogido en apretado moño sobre la nuca.

Bien mirado, era realmente bella, aunque algo interno le salía a la cara; así como tristeza, como indiferencia, oscureciéndole el rostro.

Cuando la vio mi madre, se detuvo para saludarla, mostrando alegría por el encuentro. La requería por la salud del tío Dionisio, hermano de mi padre; así como por la de sus hijos. A todo, Ciprianita respondía con laconismo escueto. Sin darse por vencida, mi madre insistía afectuosa, rogándole que fuese a visitarnos para tener el gusto de disfrutar de su compañía. Escenas como ésta, se repetían una y otra vez.

Ciprianita era hermética, fría aún, con los suyos. Esto me pasmaba, yo no podía imaginar una madre así.

Alguien contaba que en cierto cumpleaños mi tío le regaló, dentro de un sobre, dos monedas de oro de las de veinte reales; cuentan que ella lo tomó con extrañeza, y al darse cuenta del contenido, lo arrojó sobre la mesa con fastidio, diciendo: "¡Qué cosas tienes, Dionisio! ¿Para qué quiero yo eso?"

Finalmente, un día se presentó Ciprianita en nuestra casa, para satisfacer las reiteradas invitaciones de mi madre. Entró. Sentándose tiesa, imperturbable, le dijo a guisa de saludo:

"¡Aquí estoy! ¡Ya te acababas!".

Ese hombre

"Si bajas al río, no cruces la vereda, ni vayas al jacal de Don Plutarco; es hechicero, tiene tratos con Satanás".

Me tenía intrigada aquel indio cobrizo, membrudo, de ojos azul zarco y pelo ya entrecano. Habitaba una choza de troncos escondida en un maizal. En vacaciones, yo vagaba sin cortapisas por la extensión del rancho. Tan pronto subía a los potreros altos, como bajaba por la cuesta, llegándome hasta el río; buscaba los recodos, ahí donde la sombra de los mezquites hacía más fresca el agua. Luego me acercaba a los ribazos, persiguiendo libélulas azules o doradas. Las llamaban caballitos del diablo.

Un día de agosto, chapoteaba en la corriente baja que corría ondulante entre los guijarros. Una fila continua de mezquites frondosos sombreaba los remansos, donde el agua formaba extensos pozos. Saltando desde la ribera, me lanzaba a nadar en ellos. En mis idas y vueltas a la orilla, pisé una rama espinosa, desprendida del árbol; salí del agua y fui a sentarme sobre una piedra. Bregaba con una espina, que al entrar en la planta de mi pie, se había roto. Me producía dolor punzante. Una gota de sangre, mezclaba con arena, brotaba lenta.

De repente, una mano se posó en mi cabeza. Con voz

compasiva, aquel hombre, don Plutarco, me pedía licencia para ayudarme. El terror me desorbitaba los ojos: ¡Aquel hombre! ¡Sus tratos con el diablo! El confundió mi espanto con el dolor. Sin esperar respuesta me alzó en los brazos. Tomando la vereda, se internó en la milpa llevándome a su cabaña. Con dulzura calmaba mis temores: "No llore, niña. Vamos a sacar esa espina; si no, puede enconarse, y va a ser "pior". Al entrar en la choza, la penumbra no me permitía distinguir con claridad en su interior. Una mujer delgada, de mirar triste, se hallaba acuclillada junto al fogón.

Sobre tres tenamastes, una olla negra de hollín borboteaba esparciendo un delicioso aroma de elotes cocidos. Se alzó con rapidez y vino a mí. Yo temblaba de miedo. Las ropas mojadas me hacían tiritar.

Don Plutarco relató con mesura lo acaecido. En rápido silencio, ella aportó un jarrito conteniendo un potingue desconocido para mí. Sentada en un petate, mostré el pie lastimado. Con suavidad materna lavó mi planta, pidiendo disculpas por no poder evitarme el dolor. Quemó entre los tizones una aguja. Me dio su rebozo para morderlo mientras extraía la espina. Poco a poco me fui calmando. Ya no lloraba. Hasta lograron hacerme comer un elote tierno y dulce que sacaron, humeante, de la olla. Con un retazo de tela vieja, pero limpia, me vendaron el pie.

Tomándome de nuevo en brazos, don Plutarco emprendió el camino hasta dejarme en la puerta misma de mi casa. Sin llamar a ella, ni esperar a más, regresó a su choza.

Entré y conté a mi madre lo sucedido, añadiendo vehemente: "No son malos, no viven con el diablo". Con el

ceño fruncido, mi padre salió de la cocina, en silencio. Con sinceridad, mi madre me confesó el engaño. ¡Claro que no eran brujos! Don Plutarco vivía con aquella mujer que, abandonada por el marido, unió su desamparo a la soledad de aquel hombre, y restañó con su afecto las heridas causadas por el otro.

Tranquilamente, desafiaban el rechazo de todos los vecinos.

El "Alabao viejo"

Con el semblante ensombrecido, entró mi padre en la cocina. Se quitó el sombrero; se pasó el paliacate por la frente, y con voz cóncava, solemne, habló mirando al techo, como para sí mismo: "Ya acabó mi compadre Antonio. Dios lo haya perdonado..." Todos quedamos en silencio. Luego, dirigiéndose a mi madre, añadió: "Acaba de venir Eusebio desde ´El Tenamaste´, a traerme la razón. Cuando el sol caiga me voy para allá. Sirve de que acompaño el cuerpo hasta el pueblo. Mañana, Dios mediante, se le va a dar tierra".

Mi madre era el espejo de la compasión. Más que por el finado, por la soledad en que su comadre quedaba.

Recordé preocupada los comentarios de mi tía Severita: "Ya perdió el habla... ¡ojalá no muera sin confesión! Es castigo, por no querer ni ver a su hija desde que se casó... Cierto que la pobre tuvo que juirse de su casa, y depositarse con Don Eduardo y Doña Mariana, mientras se corrían las amonestaciones para poderse casar como Dios manda. Pero Antonio la orilló, desde el momento en que no quiso ni

recibir a los pedidores. Y no más por testarudo; porque, a ver: ¿Qué defecto le ponía a Marcos? ¡Tan trabajador! ¡Tan honrado y tan buen cristiano! ¡Sin vicios!.. . Aunque eso sí: muy sentido. Una vez que Julia fue su mujer, se fueron hasta "Los Charcos" a echar la yunta y mirar las tierras que le dejó su madrina. Dos veces dejó venir a Julia para ver si su padre les hablaba; pero ni ella, ni las lágrimas de su madre, lo ablandaron..."

Era por la mitad de noviembre. Aquella noche, raspaba el viento las ramas escuetas, con un crujir convulso. No había luna ni estrellas. Sólo una cerrazón oscura. Rezamos por el alma del muerto y salimos de la casa. Desde el altozano en que ésta se asienta, escudriñamos la sombra, para despedir al difunto. Por el aire venía el bisbiseo del río, mezclado con los lamentos desgarrados de "las lloronas". En la distancia, fueron apareciendo las antorchas de ocote, con flama torcida por el viento. Un canto lastimero se tendía por el aire, entreverado con las preces de los dolientes. Un grupo de fantasmas, sin firma definida, avanzaba. Sobre una parihuela construida de ramas, destacaba la figura yacente de Don Antonio, cubierta por una sábana.

El "Alabao viejo", aquel canto ancestral que acompañaba el último camino de los muertos, me erizaba la piel. Prendida a las faldas de mi madre, escuchaba aquella voz inolvidable:

... Válgame el Padre amoroso
En mi postrera agonía.
Por su gran piedad me valgan,
La Cruz, Muerte y Pasión...

... Por el rastro de la sangre
Que Jesucristo derrama,
Camina la Virgen pura,
Toda una fresca mañana.

¿No ha pasado por aquí
El hijo de mis entrañas?
Por aquí pasó, Señora...
Tres horas antes del alba...
Las plantas lleva sangrantes
y la cruz sobre la espalda.

Los lamentos de "las lloronas" se repetían, alternados con exorcismos espeluznantes: ¡Ave María Purísima! ¡Aléjate, Satanás...! El cortejo se perdió al trasponer la loma. Entramos a la casa. No quise dormir sola, y me acogí a la tibieza de mi madre, que inspiraba confianza en la vida y en Dios.

INDIGNIDAD

Era don Guadalupe Jiménez, lo que se dice un hombre guapo. Su leve calvicie no restaba prestancia a su apostura de charro jalisciense. Aún recuerdo el entrecierre azul verdoso de sus ojos, el trazo rectilíneo de su perfil. Con un aire distante y altivo, se plantaba en la esquina de la calle, apoyado en el marco de la tienda "La Fortuna", centro del ocio pueblerino.

Desde ahí, cortejaba a mi hermana Martha. Costumbre

alteña, aceptada desde siempre. Allá, la cortejada se acoda a la ventana y todo se reduce a miradas lejanas, suplicantes, por parte del galán; tímidas, discretas, por parte de la joven.

Mi padre, en su cristianismo acendrado, no aceptaba el romance. Decían las gentes que el pretendiente era de raza judía y, como agravante, viudo.

Una tarde, como a las cinco, yo regresaba del curso de catecismo. En la puerta de la tienda se había estacionado el "Tolano", vendedor cotidiano de la "fruta de horno", delicia de los chamacos que rodeábamos la batea colmada de puerquitos, polvorones, borrachitos, morelianas, caballitos... Todas las golosinas eran asequibles a la chiquillería; nada pasaba de costar dos centavos. Esa tarde yo no llevaba ni una moneda, pero no resistí la tentación de pararme a mirar aquellas ricuras. Ahí estuvo lo malo, pues don Guadalupe, queriendo quedar bien con mi hermana, hizo que el "Tolano" pusiera en mis manos un caballito de jengibre, aromoso y dorado. No lo rehusé, di las gracias y me retiré del grupo. Encantada, gozaba el obsequio, dudando por qué parte hincarle los dientes. Disfrutaba el olor, el dorado, la forma. No miraba nada de cuando pasaba en torno mío. De pronto, cuando estaba a punto de saborearlo, un manotazo brusco, airado, aplastó la pasta contra mi boca. Una voz sofocada, iracunda, me apostrofaba: "¡No tienes dignidad! ¡Ni vergüenza! ¡Mira que recibiendo regalitos de ese... desgraciado... judío!", y, jalándome por las trenzas, mi hermano José me llevó a la casa, para hacer a la familia partícipe de mi indelicadeza.

Por fortuna, mi padre no se encontraba ahí. Y mi madre, con una sonrisa plena de comprensión me secó las lágrimas

y arregló mi cabello mientras decía: "Esto que hiciste, no lo vuelvas a hacer; ve y cómprate otro caballito...", pero ya el Tolano había desaparecido y sólo se escuchaba a lo lejos, no sé en cuál calleja, su voz amarillenta de crepúsculo: "¡Morelianaaas...!".

Nochebuena

En grupo familiar, desafiando la helada, íbamos en derechura de la iglesia a la "misa de gallo". Manos y cara eran blanco de los alfilerazos de la escarcha. Los repiques, alados, vibrantes, acicate a mis ansias de llegar.

Desde la plazuela, invadían al atrio los aromas melados de los buñuelos. Dentro del templo, repleto y tibio, las toses de los viejos quebrando la atención respetuosa de los fieles.

El "nacimiento" no me dejaba satisfecha. Hubiera querido que la cara del niño Jesús fuera realmente como la de un recién nacido. A la Madre Virgen, la hubiera vestido con la sencillez de una mujer de su raza, sin tal profusión de oro y plata en manto y túnica. Las manos de la imagen, tendidas hacia el niño, eran rígidas, lustrosas. En fin, yo quería ver la escena, igual que pasó en el portal destartalado de Belén.

Mi madre suplía estos desencantos con exquisita ternura, innata en ella. Me hablaba de pormenores que imaginaba ... tales como la delicadeza de San José, barriendo la cueva con improvisada escoba de jaras, su preocupación por quitar las telarañas y escombrar rincones donde pudieran esconderse bichos venenosos, amenaza para María y el

niño... Una fogata que atenuara la frialdad de la gruta.

Con los ojos cerrados, yo imaginaba pastores de zamarra astrosa con olor humilde, campesino. Hasta veía bailar las llamas en los ojos pasmados de las bestias, rumiando y mirando desde su majada, el suceso de esa noche única, regalo de Dios a los hombres. El frío, afilado, daba más luz a los astros de los que, el más bello, se posaba sobre la cueva.

Al volver, nuestra cena era como la de siempre, sin añadidos de fiesta.

Pasaron los años, y nos tocó en suerte vivir otras Nochebuenas, durante una guerra civil, soportando inviernos nevados. Ya era yo la madre transmitiendo ese bagaje de tradición y amor a mis chiquillos friolentos, mal comidos, pero en cuyos ojos ardía la emoción de aquella noche, en que el Hijo de Dios fue uno de nosotros.

Margarita Cabrera

Lo único que tenía agradable era el nombre: todo lo demás era feo, triste, repulsivo.

Su proximidad me aterraba aunque nunca me hizo daño. Su aspecto flacucho, encorvado, como escondiendo los brazos secos, apergaminados. En su cara huesuda, se apretaban los labios descoloridos, plegados en arrugas debajo de una nariz ganchuda y marfilina. Lo peor eran sus ojos: dos ranuras abolsadas y sin pelo de cejas. Pare-cía una rata, así en sus ropas negro-pardas, como en la manera huidiza de mirar.

Razón tenía para estar siempre del humor más negro,

ya que además de vivir una vida miserable, vivía completamente sola.

Vendía pequeños brazados de leña, que acomodaba en el piso de un cuartucho tan desgalichado y gris como ella. Sólo había una mesita de palo sin pintar y, sobre la misma, una vitrina pequeña, con rebordes de hojalata, conteniendo no más de siete u ocho panecillos que, a pesar de su encierro, invadían el tenducho con su olor peculiar mezclado al de la leña.

Ya era para mí sabido el precio de las mercancías, pero si, por decir algo, preguntaba cuánto valían, Margarita Cabrera soltaba el freno a su contenido mal humor.

Ahora pienso que alguien le hizo mucho daño, que la vida le dio cosas buenas con cuentagotas, y quisiera que aún viviera para hacerme su amiga. ¡Y pensar que hay tantas "Margaritas" por estos campos de Dios!

"La visita"

Era por la canícula de agosto. El sol echaba por el campo su bocanada de bochorno.

En la distancia verdinegra, la divisé venir por el camino serpenteante que bajaba por la cuesta y se perdía a trechos, para reaparecer entre los arbustos hasta llegar al río. Era, no más, una silueta oscura; se precisó de nuevo entre la huizachera rala del potrero cercano. Continuó por el sendero que se hunde en la barranca, para surgir, repentina, por la zanja arenosa que bordea los maizales próximos a la casa, entonces pude reconocerla: Era Eugenia,

envuelta en un rebozo de bolita, que le hacía visera, librándole la cara del sol. Con una mano se recogía la enagua, para hurtarla al acecho de los garruños espinosos, cubiertos de floración morada. La otra, sujetaba contra el pecho un cajón de madera. Salió mi madre a recibirla. Luego del intercambio de saludos, dentro de la casa, Eugenia puso en sus manos la caja que portaba.

La cara sudorosa y encendida era toda disculpas: "Les traigo la 'visita'; ya les tocaba a ustedes ... pero es que a mi chiquito le dio la tosferina. ¡No sabe cómo lo tuvimos de malo! Y yo pensé, que si la Virgen se quedaba otros 'dillitas' con nosotros, me lo podía aliviar... ¡Bendito sea Dios! Ya está casi bueno".

Mi madre abrió las tapas del cajón. Un cristal de leve transparencia verde protegía la estampa de Nuestra Señora de Guadalupe, rodeada por una guirnalda de papel de china; por sobre el vidrio, puso un beso devoto y largo, a la altura del querubín, sobre cuya cabeza posa los pies la Señora de México.

Abrió la puerta semientornada de la sala. Unas sillas de tule dormitaban en la penumbra, en la frescura limpia que hasta el techo ascendía desde el piso de ladrillos de barro. Invitada a sentarse, Eugenia descubrió su cabeza, echándose el rebozo hacia la espalda, mientras mi madre colocaba con mimo "la visita", sobre una mesa, pegada a la pared. Hablaban del tiempo, de los hijos, de las gallinas, del coyote... hasta caer sobre el tema del hijo mayor, estudiante en Guadalajara; un brillo de angustia se le asomó a los ojos. Ya más de un mes que no tenía noticias... pero ahora, esa misma noche, empezaríamos la novena. En mirar

suplicante, se volvió hacia la imagen, plena de convicción: "¡Ella me lo cubrirá con su manto"!

Y un sabor de confianza le endulzaba la voz.

El viento

Venía en el tiempo sin lluvia, entre octubre y abril. En la planicie surgían los remolinos.

Cabalgando a la grupa del caballo que montaba mi padre, mis manos se prendían a su cintura, guardando el equilibrio, mientras volvía la vista para seguir el avance vertiginoso de aquellas columnas donde al polvo se mezclaban fragmentos de rastrojo, simulando, a los rayos del sol, tejuelos de oro. El remolino se desplazaba girando sobre sí hasta perderse entre los árboles. A veces eran varios danzando por el escenario amplísimo de la llanura. Nacían y morían a causa del viento.

Finalizaba abril. El arribo de los aguaceros era precedido por un soplo arrasante y amplio. Zarandeaba ramas, levantaba entre polvo la hojarasca, golpeaba puertas y postigos, desbandaba las ropas puestas a secar. Heraldo borrascoso de la lluvia era el viento. Otras veces era quejumbre suave, entre el ramaje oscuro de los pinos; dulcedumbre y frescor de vida nueva en los amaneceres; con nombres y actitudes diferentes, siempre el viento.

Un día conocí el ábrego; era horda desatada. Decían los aldeanos que venía del África, entre marzo y abril. Bajo un cielo laminado y hosco, invadía los valles y las montañas donde habitábamos. Con disimulo al comienzo, soplaba en

bocanadas tibias; desatándose luego en furia destructora que arrancaba ramas, entre las peñas y, al enseñorearse de la aldea, rompía cristales, voltejeaba campanas y arrancaba algunas veces, de cuajo, los tejados.

Cuando lo conocí, llegó de noche avanzada. Era nuestra casa de estructura vieja. Pepe en la guerra; yo en casa con el viejo y los niños. Nos afligía la escasez, la enfermedad y, sobre todo, la ausencia. Sin dormir, los párpados cerrados, la oscuridad completa, tendida en la sombra. Los oídos atentos al bramar de la borrasca que sacudía las ventanas. Rechinaba el cabrío que sostenía el techo, crujían las tejas, escurriendo tierra.

Sentí necesidad de unirme definitivamente a aquel fenómeno, cansada del vivir sórdido y angustioso. Con el mismo viento, vino un poema de Bécquer:

"Nubes de tempestad, que arrastra el viento,
llevadme con vosotras;
Tengo miedo quedarme con mi dolor a solas."

Precavido

Tras un bardal de cejas enmarañadas, grises, chispeantes de luz buena, sonríen los ojos del padre Apolinar. Con un paliacate arrugado se enjuga la cabeza, donde unos cuantos mechones ralos intentan ser diadema. Dos veces por semana sube la calleja larga y empinada, bordeada de casitas que parecen darse la mano para no rodar cuesta abajo. De tramo en tramo, son centinelas los naranjos de fronda alzada,

redonda, con guiños de madurez, promesas verdes y sonrisas de estrellas blancas.

Un kilómetro largo, fastidioso, y allá en la cima, la presencia barroca del Santuario, cercado de balaustres forjados en hierro y cantera. Dos torres hurgan el cielo, decididas, y cortan nubes de blancura esponjosa, bebiendo azul. Al costado del templo se adhiere una construcción vieja y fuerte. Un tiempo fue casa de ejercicios espirituales y, al llegar las monjas al pueblo, se les dio para colegio de niñas.

Hasta allá llegaba el padre Apolinar, agotado y sonriente; respirando entre ahogos, con ambas manos se prendía del cordel de la campanilla. Sabiendo con certeza quién llamaba, volando iba sor Melania para abrir la cancela y, nosotras, las cuatro internas, le acompañábamos hasta el sillón de mimbre, bajo un arco del corredor fresco y sombreado por la próxima fronda de la parra y de los limoneros. La hermana portera se iba, entre un revuelo de pliegues negros, para volver portando una jarra de barro vidriado, con horchata muy fresca y un vaso que colocaba frente al sediento capellán.

Poco después, ya tomado un respiro, él delante y nosotras detrás, por un pasillo largo pasábamos al templo para hacer una buena confesión por ser la víspera de viernes primero. Entrecerrados los párpados, cambiando la postura con cada penitente, ya sobre la derecha, ya sobre la izquierda, las manos nudosas se movían acordes al fluir de los consejos. Desde la cocina, por el aire, venía una invasión fascinante de repostería; era la hermana lega haciendo sus primores para el padre Apolinar.

Por la noche, la hermana Josefa entraba al dormitorio de internas. Iba y venía por él, haciendo tintinear las cuentas lustrosas de su rosario. La escuchábamos sentadas. Ella siempre de pie, hablando, hablando, con exaltación mística, prendía fuego en nuestro interior.

Ya a oscuras, escuchábamos el chasquido tumultuoso de las gotas de lluvia en las hojas. Sentíamos el olor de la tierra recién mojada y el zarandear del viento en las maderas de la ventana, para dormirnos luego, anhelando el amanecer con la Eucaristía.

Al despuntar el alba, la voz de sor Josefa nos despertaba. Venciendo el sueño, pronto estábamos listas para marchar en silencio hacia la capilla. Entre luces de cirios y cantos casi angélicos, se nutría de emotividad nuestra devoción. Y llegaba el fin de la misa.

Al salir del templo, el aire limpio, lavado de lluvia, nos daba en el rostro. En grupo risueño caminábamos hasta el refectorio. A un lado, separado, se hallaba un comedor pequeño donde el padre Apolinar tomaba el desayuno. Ahí, sobre un mantel albeante, en una cesta de paja anidaban bizcochos tentadores incrustados de pasas rubias, dorados, irresistibles.

A punto de entrar, la monja más joven de la comunidad se dirigió a la madre superiora pidiéndole que fuesen con el padre a mirar los rosales blancos, cargados de capullos entreabiertos. Y allá fueron todos. Cuando nosotras tomamos asiento en torno de la mesa, noté la ausencia de Paula. Supuse que, contagiada de entusiasmo, se había unido al grupo de los que fueron a la rosaleda, pero no fue así. Entró al pequeño comedor y, sin saborearlos siquiera,

enguyó los bizcochos, regresando a reunirse con nosotras.

La aflicción de las monjas fue indescriptible; tuvieron que servir al capellán el desayuno ordinario de la comunidad.

Pero desde la confesión siguiente, al salir del templo, el padre Apolinar tomaba a Paula de la mano, sin abandonarla hasta haber entrado al comedor.

La petaquilla

Decidí gastar ese rato de ocio, dedicándolo a lo que más disfruto: mis libros, mis papeles...; pero aquel atavismo, herencia de familia, no me permitió hacerlo. Sobre una silla, varias camisas acusaban la ausencia de botones. A decir verdad, ninguna labor me es desagradable, cuando creo en mi deber de hacerla.

Mientras las manos urden el trabajo, la mente emprende rutas de añoranza; bastan un sonido, un aroma, un celaje, para remontarse a lejanías de espacio y tiempo... cuando en aquellas tardes de mi infancia, mi madre sujetaba mi inquietud a su arrimo, y ponía, previsora, la costura en mis manos; misma que al llegar mi padre yo dejaba. El me hacía un guiño que era una invitación; se acercaba al rincón y abría la petaquilla: arcón muy bello, sostenido por patas de torneada traza. Obra de arte en madera de cedro. Decoraban el mueble incrustaciones de naranjo, que hacían flores, pájaros y ramas de dibujo ingenuo; en ambos lados de la cerradura, las iniciales de su dueño lucían el mismo estilo decorativo.

Lo que ahí se guardaba, era para mí gran motivo de interés. Mi padre me permitía acercarme: levantaba la tapa ceremoniosamente, con la advertencia de no tocar objeto. ¡Solamente mirar! Ahí, entre otras cosas, estaba la libreta de cuentas de los peones; una doble fila de equilibradas columnas de monedas gruesas de plata, a las que llamaban "pesos fuertes"; también las había de oro, en mucho menor cantidad, una caja cilíndrica guardaba agujas de acero: las había enormes y levemente curvas, para tejidos de ixtle; las había pequeñas, destinadas a suturar la herida de las bestias castradas; muy a la vista, el "Calendario del más antiguo Galván", oráculo de nuestras cosechas... Un cofre pequeño, lucía sobre la tapa la belleza rubia de María Antonieta; una caja de lámina, atesoraba el queso de tuna anisado, que se nos servía después de la comida, en porciones que siempre me parecían escasas... La petaquilla se impregnaba del fascinante aroma, hasta exhalarlo por el ojo de la cerradura.

El arcón se cerraba, y yo tornaba al lado de mi madre que, abstraída, reposaba las manos sobre la labor olvidada, la miraba suspensa en el atardecer... Ella también soñaba...

Flor de santidad

Varios días me llevó madurar el plan; cuando lo realizara sería precioso. Ya casi era un hecho: Despertar con la aurora, levantarme, ligera, del lecho de hojas secas, y caer de rodillas sobre el piso desnudo de la cueva. Quizá pronto tendría revelaciones divinas, transportes místicos, visitas de los ángeles... Sin tener en cuenta mi admirable apetito,

pensaba nutrirme de yerbas, de raíces, de algunas tunas de la nopalera...; además contaba con la hogaza que, con seguridad, me aportaría un cuervo: era lo más corriente en el caso de tantos ermitaños, cuyas vidas leíamos a diario en "El Año Cristiano". (Había cumplido yo los ocho años y sabía leer correctamente. Mi padre se gozaba en mi precocidad).

Exploré, de arriba a abajo, el lecho casi seco del arroyo más próximo. ¡Qué belleza de rocas y cantos torneados por el rodar! Buscaba una cueva. Deambulé por las márgenes del río, carrizales verdes que el viento estremecía. Reforzaban la valla, arbustos aperlados por enredaderas de mirada azul.

El lugar tenía encanto, más no encontré sitio seguro para guarecerme. De pronto tuve la inspiración: el sabino viejo tenía una oquedad en el tronco, claro que ahí dentro no cabía una cama de hojas secas, pero, acuclillada, aún me quedaba un poco de espacio que me brindaría la oportunidad de la mortificación. Otro pequeño inconveniente: mi cenobio lindaba peligrosamente con el manantial donde cada tarde, mis hermanas y Cleofas llenaban sus cántaros. Ningún obstáculo me arredraba: A esa hora yo no saldría de mi retiro.

Sin volver la cabeza, abandoné mi hogar. Por la vereda arenosa que bordea la ladera, llegué debajo del sabino. Un tapiz, de la misma barba de su follaje, rodeaba con espesura el tronco. Se sentía un entrañable aroma de montaña, de bosque. Sin atreverme a entrar al interior, arranqué algunas yerbas, agitándolas dentro del hueco del árbol, por si algún bicho se hospedaba allí. Sólo unas cuantas hormigas negras salieron corriendo, aturulladas. Penetré, agachada, en mi

nueva morada; olía a hongos, a madera podrida, más no desagradable. Emplacé el crucifijo en una hendedura y, entre oraciones y asomada al exterior, se pasó la mañana.

El sol de mediodía mudó las sombras, y ningún cuervo venía con el yantar esperado. Pasaban graznando algunos buitres, pero no era lo que yo deseaba. Con rayos oblicuos, el sol bañó los troncos. Una invasión de rojos y violetas acompañó el ocaso. Vinieron a la fuente mis hermanas, tramando algarabía de risas y palabras. Se fueron. Nadie me buscaba. Con dedos afilados, se colaba la frescura nocturna por mi recinto; entre los matorrales, hirió el silencio el aullido largo de un coyote, erizándome el cuerpo. Salí corriendo en derechura de mi casa. La portalada estaba aún abierta. Se oía sonar de platos en la cocina, llena de luz y de calor amable. Me recibió el olor de la cena y una bienvenida tranquila, sin comentarios. Había un plato rebosante y atractivo en mi sitio.

Ese día, cambié el derrotero que me había trazado para convertirme en una "flor de santidad."

Incógnito

Se había desatado la persecución religiosa. Los templos, sin culto; los sagrarios, desiertos; sin luz la lamparilla. Todo eso era puñal clavado en la entraña de aquellos provincianos de fe tan arraigada.

Mudas las campanas, ¿A qué volver al pueblo, de no ser para proveerse de lo más indispensable? Mejor era quedarse en el rancho; allá siquiera alguna noche, en el corazón de

la barranca, contra el repecho de las rocas, bajo el cielo cuajado de luceros, teníamos la fortuna de asistir al divino sacrificio. En silencio reverente, escuchábamos la palabra de un sacerdote, cruzada a veces por el graznar del búho o el ulular del viento en la garganta honda del arroyo.

En un crepúsculo azotado por las ráfagas heladas de noviembre, mi madre preparaba la cena ayudada por Cleofas, la sirvienta. Fuera, sentados a la entrada de la casa, mi padre nos hacía repasar las Bienaventuranzas. Sin prestar gran atención a la catequesis, yo dejaba vagar la mirada por la oscuridad del campo. Entre las ramas renegridas, a contraluz, imaginaba nidos, donde alguna protuberancia se anudaba entre las marañas. La cerrazón oscura de la noche fue tragándose el gris de las nubes. Soplaba el viento, trayendo el distante rumor del río. De un recuesto del barbecho frontero, erizado de tocones de maíz, avanzaba por la vereda un grupo confuso, más perceptible por el pisar de bestias, que por la forma imprecisa del atajo. Primero con gruñidos prolongados, luego ladridos furiosos, "el Coronel" se lanzó al encuentro de los visitantes, que no tardaron en detenerse frente a la portalada. Dos hombres descabalgaron, descubriendo su cabeza para saludar. Hospitalariamente, mi padre los invitó a entrar en la casa, cenar con nosotros y descansar, mientras mis hermanos daban pienso a sus monturas.

Uno de los recién llegados era primo nuestro, quien comunicó a mi padre haber sido contratado por su acompañante, que era arriero, y conducía unas cargas de tabaco hasta la estación del ferrocarril, en Santa María. El contratante, contemplado a la luz de petróleo, me pareció

interesantísimo: Alto, la frente despejada, ojos profundos, nariz recta. Cenó poco y habló aún menos. Terminada la cena, la agradeció con discreción, pretextando tener urgencia en la entrega del tabaco, y sin aceptar el sincero ofrecimiento para descansar, partieron adentrándose en la tiniebla fría de la noche.

Pasados ocho días, se presentó de nuevo en nuestra casa el primo aquel, y con un aire travieso, dijo a mi madre: "Sabe, tía, ¿quién era el arriero que vino conmigo a esta casa la otra noche? Pues nada menos que Monseñor Orozco y Jiménez, el arzobispo de Guadalajara. Acabo de llevarlo a El Paso, Texas, y quedó en buenas manos, gracias a Dios".

Mi madre lamentaba no haber puesto aquella noche su mejor mantel, ni besado de rodillas la mano del Pastor.

Mi pueblo

¡Qué alegre conmoción me bullía en las entrañas! Después de 40 años de ausencia, retornaba al terruño continuamente añorado.

El destino había ido jalonando mis pasos hasta llevarme fuera de la patria a veces. Y no puedo quejarme; si en muchas ocasiones me cercó la angustia, siempre tuve el socorro oportuno de la Providencia, y el apoyo firme de un hombre cabal. Y muchos hijos sanos. Pero cuántas veces, allá en tierras lejanas, por las noches, mis párpados velaban el desfile de imágenes queridas... El camino que va del poblado al rancho, las cercas, los recuestos, los vados propicios para cruzar el río, los viejos sabinos bordeándolo

y bebiendo frescura al hundir las raíces en su orilla... Las portillas de trancas que comunicaban los potreros...

Con la ligereza de la imaginación, hacía el arribo a nuestra casa: el zapote, tranquilo y ecuánime, zarandeaba las ramas lentamente, la cocina seguía entregando al viento su humareda evasiva... No dejaba rincón sin visitar.

Ya no buscaba rostros queridos, porque no existían y, ahora estaban más conmigo... ¿Y los peones? Pedro, Víctor, Aniceto... ¿Y sus familias...? Al abrir los ojos, me prometía a mí misma hacer realidad, algún día, aquel deseo insistente.

Ahora, acompañada de Pepe y de dos de nuestros hijos, en plan de vacaciones, íbamos por la carretera rumbo a mi pueblo. Primero, las siluetas de montes de nombre conocido; luego, adelgazadas por la lejanía, las torres del Santuario. El pueblo entero y la Parroquia, por estar en una hondonada, se velaban a la mirada ansiosa. Llegamos a él descendiendo un recuesto, entrando por la Calle Real, llamada así por ser la que atraviesa la villa, engarzándola al camino.

Como si aún fuera niña, pedí a mis acompañantes el regalo del aislamiento, para gustar de mis recuerdos. Fui a la Iglesia; no pude ver el rostro de las imágenes que imploré antaño: velos de morado oscuro las cubrían en liturgia cuaresmal. Las campanas, embozadas de silencio, oraban en el hueco del campanario.

Salí de ahí buscando una cara conocida, para identificarme y obtener información... Logrélo, por fin, diciendo el nombre de mi padre, de nuestro rancho, y, volcándose en cortesía limpia y cálida, fueron satisfaciendo todas mis demandas:

-¿El rancho? Lo lleva ahora Chema, el mayor del tío Dionisio.

-¿Y los peones? ¿Pedro? ¡Murió, el pobre viejo!

-¿Víctor? Se fue al norte y nunca volvió; dicen que ahora es evangelista o algo así.

-Pero... ¿Y Cheto? Ese anda por ahí, bastante amolado; tiene un puesto en el mercado (¡Ah!, porque ahora ya tenemos mercado.)

Agradecí el informe y fui corriendo a buscarlo. Ahí estaba, acurrucado frente a un petate, donde montoncitos de chiles y tomates, hacían filas derechas. Lo contemplé un instante: encorvado, encanecido, el rostro cobrizo marcado de arrugas.

El llanto me atragantaba; por fin, logré decirle: "Cheto, soy Lupe, la de don Casiano..." Y un abrazo, emocionado, nos juntó un largo rato.

Clementina

A Lupe, la más pequeña de mi dilatada familia.

Recogió en dos trenzas el oro viejo de su pelo, luego de cepillarlo. Se abotonó la blusa alforzada y disfrutó el mirarse al espejo. Le cuadraban de maravilla los zarcillos de cuentas verdes que hacían juego con el chispear de las pupilas.

Sintió como chocar de cascos en el empedrado del patio. Luego el arrastrar de espuelas cabresteando el caballo hasta el tejabán. Era Bernardo que llegaba. Bajó con ligereza la escalera para recibirlo. Había salido después de la comida.

Le había dicho que iba a saludar a Emigdio, el de "Los Sauces", muy amigo, recién llegado del Norte. Quería saber cómo andaban las cosas por allá. Se fue hacía dos años y parece que no le fue tan mal. Trajo muy buena ropa, dentadura de oro, y plata suficiente para pagar las tierras de regadío colindantes con su rancho. Se había echado a cuestas una deuda pesada, pero ya estaba liquidada.

Bernardo preguntó a su mujer si ya dormían los niños. Su entusiasmo por la suerte del amigo, fue creciendo como un malestar sordo, inexplicable para Clementina. Durante la cena, él no paró de ponderar el viaje de su amigo: "Ya ves, Clemen... en un dos por tres se quitó el apuro, y conoció mucho mundo, ciudades y gentes que uno ni siquiera se imagina..." Clementina le escuchaba en silencio. Hubiera querido rebatir sus razones... Ahora ya no tenía argumentos, nada se le ocurría. Con anterioridad le había sugerido aprovechar el ojo de agua, que brota entre los granjenos y a pocos pasos de nacido se despeña en el arroyo. Un puro desperdicio; encauzando las aguas podría regarse mucha tierra, buena ya de por sí: Un chilar, una tabla de lechugas, un cebollal, rábanos, bueno, ¡daba para tanto!

A todo respondía Bernardo oponiendo los posibles riesgos: al chilar podía caerle la barrenilla; las lechugas llevaban mucho trabajo en el amarre de las hojas, además de la batalla con los peones, para remachar contundente: "Es mucho mejor irse al Norte. No tiene pierde. Si allá al gringo se le malogran las cosechas, no es tu problema. Tú cobras tu dinero y a otra cosa. Luego, en esos lugares tienes otras buscas."

Como último recurso, Clementina se le quejó mimosa:

"Y los niños... y yo, ¿qué vamos a hacer solos?" Sintiéndose halagado por el ruego humilde, le tomó la barbilla y miró los angustiados ojos verdes, para afirmar con decisión: "De su seguridad me encargo yo. No te apures por nada". Al sentirse vencida, una gama de grises la invadió por dentro...

En la cañada, se iba la luz a las once en punto de la noche, y volvía hasta el día siguiente, a las seis de la tarde. Las mujeres ya tenían la previsión de velas, o un aparato de petróleo, por si era menester. Sucedía casi a diario que, al quedarse a oscuras, algún vecino estaba de visita en la casa de otro: Se ponía de pie, y dándole al cigarro las últimas "chupadas", se despedía sin mucha prisa. Daban las "buenas noches" antes de irse a dormir, y poco a poco los balcones se iban poblando con la llegada de los novios. Tras de cada ventana, esperaba con impaciencia contenida, que entraba en calma al silbido acordado, del que llegaba. No era correcto abrir el postigo. Bastaba una rendija para el intercambio de bisbiseos apenas audibles; incentivo que añadía sabor a la cita.

En el misterio de la media noche, el reloj, desde lo alto de la torre, desensartaba doce campanadas que rebotaban a los pocos segundos. La sombra era manto tibio en que se adormilaba el pueblo. Cada muchacha se sentía en el deber de recordar al galán la hora de partir, de cortar el coloquio; y era obligada, por parte de éste, la insistencia en alargar unos minutos más la compañía. Para un enamorado de Los Altos, las mudanzas del clima no tienen importancia, lo mismo desgrana ternezas inspiradas por un plenilunio, que nacidas bajo la virulencia del peor aguacero, motivo de lucimiento, prueba patente de su devoción. A éstos

pertenecía aquel galán embozado en un jorongo, que cada noche se acodaba en el alféizar de una de las ventanas de doña Mariana Sánchez, a quien quedaba una hija soltera: María Amparo, dueña de un austero perfil, labios delgados, frente elevada y cejas unidas por un solo trazo. Mucho habría ganado este rostro con el toque de una sonrisa, que nunca se permitió. Tal vez consideraba esa tiesura como de buen gusto; o señal de virtud inexpugnable. Su apariencia rígida era desdén planeado contra toda ligereza. Tras de esta joya, perseveraba constante don Antonio Gutiérrez. Tal era el embozado que, fumando habanos caros, la cortejaba. Solterón, rico, buen mozo, y... un tanto mujeriego. Eso decían los chismes, nacidos de la envidia, con seguridad, porque en todas las fiestas religiosas, ahí estaba él primero. Y en todo caso, estaba claro que esta vez se había decidido por la buena senda; ahora sí, la cosa iba en serio, pues tratándose de María Amparo, sus intenciones debían ser buenas. Esta señorita sabía darse su lugar.

A Doña Mariana se le respetaba, dentro y fuera de su casa: Hijos, nueras y nietos la saludaban con reverente besamanos. Sus decisiones, inapelables. El largo de las faldas se fijaba por la censura de aquellos ojos redondos y escrutadores. Ni en la disposición de lo que en su casa se comía, dejaba resquicio a otra iniciativa. Ninguno de sus hijos varones sintió inquietud por las altas culturas; y, aún en las inferiores, dejaron mucho qué desear. Aunque, de haberlo intentado siquiera, doña Mariana se habría opuesto con recta entereza: ¡No iba a ser ella, quien entregara sus hijos en manos de la masonería! (fantasma misterioso, detectado por "El Chispazo", semanario procedente de

Guadalajara, recomendado con encomio a todas sus amistades. Al que no estaba suscrito, se lo enviaba, recomendando la oportuna devolución. ¡Había que propagar la buena prensa!)

Si los hijos le resultaron negados para el estudio, no lo fueron menos para el trabajo. Naturalmente, la ruina de la hacienda fue inevitable, gravada por la falta de pago de contribuciones, además de sucesivas hipotecas. Era mal visto que gente de su clase, se ocupara de menesteres tan bajos como ir a la plaza cada día; mucho más, hacer otros trabajos denigrantes. ¡Había que mantener la dignidad! Metieron como mandadera a Cayetana, mujer indígena de edad indefinida, ágil, delgada, activa siempre. Tenía nube en un ojo. Hacía incontables viajes al río, cargando sobre el hombro izquierdo el cántaro de barro lleno de agua. A muchas casas surtía de la necesaria. Aunque todas contaban con "pozo de carrillo", el líquido era salobre, usado solamente para regar los huertos y macetas. Cayetana entraba y salía por todas partes. Se rumoraba que era también alcahueta. De esta mujer se valió doña Mariana: lavaba la ropa, acarreaba el agua y hacía la compra diaria de la plaza.

Cada mañana, antes de comenzar sus andanzas, pasaba a recoger la olla de atole, por casa de doña Pablita, la atolera: una verdadera institución. Nadie lo hacía más blanco y sabroso. Tenía como clientela al pueblo entero.

Cayetana posaba la olla sobre el brasero, en la cocina, saludando de paso a Clementina que peinaba sus niños junto al brocal del pozo; debajo del naranjo, mientras llegaban de misa su suegra y su cuñada, asistentes asiduas

a la misa del Padre Mata, director de la Vela Perpetua. Desde el presbiterio, arrodillado, los brazos cruzados sobre el pecho, don Antonio Gutiérrez miraba de soslayo a María Amparo, absorta en oración.

Llovió toda la noche, con una sucesión de relámpagos precediendo al fragor del trueno, tropel de carros arrastrados a través de una tiniebla sin límites. Insomne, Clementina se revuelve angustiada en su desesperanza. ¡Como querría perderse en la tormenta, con el anhelo de ser fulminada por el rayo! En un rincón del cuarto, ajeno a la violencia del temporal, duerme el hijo pequeño. ¡Quisiera esconderlo de nuevo en sus entrañas, y perderse en la sombra para siempre! Hay un desgarramiento al pensar también en las niñas. La mayor es el retrato del padre; la segunda, imagen de ella misma: Hoyos en las mejillas, los ojos verdes aprisionados en el oro tupido de las pestañas... Le duele hasta el pensar...

Un vuelo triplicado de repiques alborozó la aurora por ser 15 de agosto, fiesta entrañable de toda la comarca: La Asunción de María. Al redoblar profundo de los bronces parroquiales, se unió la risa niña de las esquilas del Santuario, encaramado en lo más alto de la cuesta. Mezclando su júbilo de plata, se sumó el carrillón del templo de Jesús. Por el aire, fue redonda invasión de lejanías. Penetró en las alcobas y sacudió el sueño y el alma de cada habitante de la Cañada. El bullicioso voltejear de campanas encontró despierta a Clementina, devanando recuerdos de obsesión insufrible: en el próximo octubre haría ya tres años que los dejó Bernardo. ¡Dijo que pronto volvería trayendo dinero; que pagaría las deudas que gravaban la hacienda,

antes que fuera tarde! Dijo también que una mujer joven aunque tuviera tres niños, no debía vivir sola... Nada mejor que arrimarse a la sombra de su suegra, doña Mariana. Sí. ¡Tan respetable! Pero, ¡Tan dura! ¡Tan intransigente! Tuvo que acatar la decisión.

-Mamá Nita... ¿Puedo llevar un rato los niños a la plaza? Hoy es jueves, hay música en el kiosko. Ya pasaron los de la banda...

-¡Clementina! ¡Qué ocurrencia! Berna está acatarrado y se va a constipar con el sereno.

-Lo abrigo bien; nos estamos en el portal... regresamos antes de las diez. Sarita y Concha están alborotadas...

-No seas porfiada. Las criaturas tienen que dormirse temprano.

-Mire... voy a acostar a Berna y me llevo a las niñas; ya se los prometí.

Meneando la cabeza, consiente con desgano la señora. Ya de salida, les da unas monedas para caramelos. Mide con la mirada a Clementina, de la cabeza a los pies. No hay en su arreglo nada reprochable, si no es su juventud y su belleza. Suspira apretando los labios con disgusto. No hay nada que decirle.

Aunque cada jueves la plaza se llena de familias para gozar dos horas de entretenimiento, Clementina no siempre se atreve a demandar licencia. Le cansa ese torneo de ruego y negativa, entablado con doña Mariana. La crispa ese continuo sermoneo de sentencias sobadas, fastidiosas, sobre el comportamiento de la mujer casada. ¡Casada!... ¡En una trampa!... piensa Clementina; ya va para tres años que nos dejó. Cuando Daniel el cartero, llamaba con el aldabón del

zaguán, corría Clementina a recibir la carta que traería noticias. Aún entre las manos del empleado, reconocía los sellos que venían de allá... y, una vez en las suyas, constataba desilusionada el nombre del destinatario: Doña Mariana Sánchez, quien calándose las antiparras se enteraba en silencio. Luego, como una concesión, decía: Bernardo les manda recuerdos a ti y a los niños.

No volvió a esperar al cartero. Sentada en el arriate del naranjo, jugaba con los niños, fingiendo indiferencia.

Los repiques vuelven, y recrudecen amargores. Por el amanecer, desparramó el viento el rebaño esponjoso de las nubes, descubriendo hoyancos azules. Se enfiló por las calles, enjugando aceras y paredes. Arriba, en los pretiles, peinó briznas de hierba, erizadas y rebeldes. Del caño de los canalones se desprende de vez en cuando alguna gota, chasqueando contra las baldosas. Por la calle avanzaba la música de viento. Recorría todo el pueblo, rematando la marcha en las puertas del templo. Al sonar las seis de la mañana, ristras de cohetones estallaban en la plazuela, como señal esperada por los músicos para sonar las trompetas, entonando "Las Mañanitas", se abrían las puertas y, en torrente, penetraba el gentío. Como relámpago, brotaban las luces de repente. El altar era nube florida, donde la Virgen estrenaba túnica y manto. Continuaban su danza de repiques las campanas. Doña Mariana y su hija, con tápalos bordados, se abrían paso hasta llegar a los reclinatorios.

Clementina quedó en la casa con los chicos. Vistió al pequeño. Las niñas lo sabían hacer solas. Se sentía mejor con ellos, sin la presencia de la suegra y la cuñada. Les hizo

un cerco entre los brazos, y los besó sin contener el llanto.

Petra, la viuda, vive enfrente de doña Mariana. Con el socorro de sus familiares, y una máquina de mano, logra sacar adelante siete hijos, de los que cinco son mujeres. La puerta de su casa siempre abierta, es su orgullo, por el bosque de macetas floridas que riega mañana y tarde. Un espárrago verde y esponjado festonea el arco de cantera del zaguán. Las niñas, con el pelo en trenzas apretadas, son gorriones en revuelo. Por la tarde, ya el sol ido, juegan en medio de la calle con las niñas del vecindario, hasta la hora de la cena. Clementina ha venido de prisa para recoger la maleta de cotí que le ha mandado hacer. Con ella bajo el brazo, se acerca al corro formado por los niños. Ahí juegan los suyos. Llamó a Pepita, la mayor de las hijas de la viuda; puso en sus manos unas monedas y le rogó que llevara a sus chiquillos a la plaza para comprarles dulces, besando a cada uno con arrebato desesperado. Se inclinó sobre Berna, le tomó la carita entre las manos y juntó sus mejillas a las del niño, sin acertar a separarse. Él, impaciente, trataba de librarse para alcanzar a sus hermanas que ya se adelantaban. Clementina quedó de pie, mirándolos, absorta, hasta que traspusieron la esquina de la calle.

Durante mucho tiempo, despacito, miraron los puestos de los vendedores fuereños, armados dentro de los portales en hileras de tablones forrados con papel picado. Sostenían en pirámides las barras de alfajor; peces, liras y estrellas de acitrón; calabazates; toda la gama tentadora de frutas cubiertas y la colación anisada. Humildes y encogidas, junto al humo espeso de los aparatos de petróleo, las mesitas de los dulceros pueblerinos parecían resentidas, por la atracción

irresistible de los puestos venidos de Colima.

Regresaron los niños de la plaza. Las horas pasaban, y Clementina no venía a recogerlos. Con las caritas pegosteadas de caramelo, fueron quedándose dormidos sobre la banca del zaguán de la viuda. Ya cerca de las diez, cansada de esperar, Petra se decidió a dar parte a doña Mariana, para que recogiera a las criaturas.

A Clementina se la tragó la tierra. No se volvió a saber su paradero. Bajando la voz, contaban las vecinas, que a quien cortejaba don Antonio no era precisamente a María Amparo... que Clementina esperaba un hijo... que si un arriero la llevó a la estación del ferrocarril... que ¡qué otra le quedaba!...

En la procesión del viernes primero, luciendo el distintivo blanco y oro, don Antonio Gutiérrez ayudaba a sostener el palio que cubría la Custodia: Los pasos graves, la mirada baja...

Decisión

Me estoy cayendo de sueño; mi padre, como siempre, alargó el rosario, añadiendo novenas y rogativas por la conversión de los infieles, los herejes, los cismáticos y todos los pecadores; luego por las benditas almas del purgatorio; aparte, pedimos por los conocidos y parientes recién muertos. Ahora sí, por fin voy a dormir, pero antes voy por mi rebozo, pues desde que Cleofas, la sirvienta, me contó eso de los aparecidos, nunca me acuesto sin liarme la cabeza

y las orejas, dándome muchas vueltas con él; nomás me asoman los ojos y la nariz para poder resollar. No quiero que me pase lo que cuenta Cleofás que sucede cuando un alma anda penando y busca algún buen cristiano que la saque del purgatorio. Cleofas dice que a veces, por la noche, se le arriman a uno; que empieza a sentirse así como un airecito frío dentro de los oídos, que uno debe santiguarse y decirle al difunto: "De parte de Dios, te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra"; que luego empieza a oírse una voz, que sale como de adentro de un cántaro, que responde: "Soy de l'otra", y que el muerto se pone a relatar las mandas o las misas que prometió a Dios, o a los santos y que, al morir, dejó sin cumplimiento; luego se queda callado, y uno tiene que ofrecerle cumplir todo lo que él se fue debiendo. Luego el difunto indica dónde hay que escarbar, para encontrar el dinero que en vida enterró y, con eso, cumplirle los encargos.

Si uno decide no hacerle caso, y no le dan ganas de tener que ver nada con él, nomás le dicen unas "malas razones", y con eso tiene para no molestar más. Cleofas cuenta que algunos se han vuelto ricos de la noche a la mañana; pero a veces son tantas las mandas del difunto, que lo del entierro no ajusta para cumplirlas; y como no es cosa de dejar que esa ánima ande sufriendo, pues hay que hacer lo que sea por ella. Y así sucede a veces que hasta se puede morir del susto y sin dinero.

Por eso, yo no quiero tener nada que ver con ellas, ni encontrar ollas llenas de onzas de oro; y mucho menos tener que soltarle una majadería a quien ya está juzgado de Dios.

Semblanza

Apoyándose en el tronco del huizache nacido junto a la cerca, Víctor trepó a ella y de un salto cayó entre los jarales frondosos y tupidos de flores amarillas, avivadas por los rayos del sol de la tarde que se dejaba caer con lentitud mientras un viento débil conjugaba el rumor de las hojas y la salmodia de las aguas del río. A su orilla fue Víctor a sentarse. Los últimos destellos arrebolaban la cresta de los montes, en tanto que las sombras trepaban cuesta arriba desde la hondura de quiebras y barrancas. Era la hora en que María bajaba a buscar agua; Víctor entretenía la espera silbando una tonada de la tierra que adolecía de celos y de amores. De pronto el arribo de un jinete se anunció en el trotar que venía de una vereda. Luego, el crujir de cascos entre los arenales. Era don Emeterio de paso hacia su rancho de Los Coyotes, al trastumbe de la primera loma del otro lado del río. Víctor se puso en pie cuando lo tuvo cerca y esperó, sombrero en mano, el saludo del viejo que se avecinaba.

-Buenas tardes te dé Dios, Víctor- dijo el recién llegado, desmontando de su caballo entre el rechinar de los arciones y el tintineo de espuelas al apearse.

-Muy buenas las tenga usted, tío Emeterio.

-Éste -dijo aludiendo a su montura- viene buscando el agua y voy a dejarlo que beba.

Le quitó el bocado del freno y colocó las riendas en la cabeza de la silla para que el animal se saciara a su placer. Dio luego unos pasos hacia Víctor, se quitó el sombrero y se pasó el paliacate por la frente sudorosa.

-Voy a estirar tantito las piernas y a chuparme un cigarro, si tú traes los *menesteres* y me haces el favor de convidarme.

Víctor echó una miradita de inquietud hacia la cuesta de donde vendría María, ya que casi era la hora. La intranquilidad que traslucía su inquietud no pasó inadvertida para tío Emeterio, que con una sonrisa cargada de sorna añadió:

No voy a entretenerte, muchacho, nomás liamos un cigarro y arranco. Yo ya sé por experiencia. También fui yo muchacho, y sé que esta esta hora en que uno las apalabra cuando bajan a buscar el agua.

Con una sonrisa ancha y aturdida Víctor sacó de la copa del sombrero su "chaquira", la desenrolló y la presentó al viejo para que de una de las carteras tomara la hoja de maíz ya cortada. De otra superpuesta, tomó don Emeterio una porción de tabaco que con tres dedos se puso en la palma de la mano. Se pasó la hoja por la lengua para humedecerla y vertió con cuidado el tabaco en ella, procediendo a enrollarla con esmero; durante el amaño Víctor sacó el eslabón, el pedernal y la yesca del tercer bolsillo y los colocó encimados. Con dos golpes precisos del eslabón produjo el fuego que ofreció al viajero, descubriéndose la cabeza en tanto que se lo rendía. Con parsimonia, tío Emeterio aspiró y lanzó dos veces el humo para afirmar así la combustión. Los ojos pardos del viejo, achicados de arrugas, se clavaron en la cara hermética de Víctor, que por respeto se abstuvo del gusto del tabaco, y continuó:

-Y qué, ¿la muchacha te mira con buenos ojos? ¿Quién es ella?

-Mire, tío Emeterio, ella trabaja en casa de don

Casiano y se mira bastante seria.

-Y si te diera el sí, ¿para cuándo es el mole?

-Pues, si Dios lo permite y se me hace, pa' mediados de noviembre que ya recogía la cosecha.

-Y buena que la tienes, vengo de pasar por tu siembra. También el frijolar se ve muy granado.

Víctor iba a contestar cuando un crujir de pasos en la arena le hizo volver la cara que se encandilaba en desasosiego.

Tío Emeterio dio la vuelta, enfrenó su cuaco, lo montó y, llevando la mano en el sombrero, se despidió con un cordial:

-¡A la paz de Dios!

-Vaya usted con él –respondió Víctor- que ya no lo escuchaba.

El ruido de los pasos al cruzar la corriente ahogaba cualquier otro murmullo...

Basilio, el Ciego

El gemir de una flauta de carrizo ululaba a lo lejos y lentamente se venía acercando. Ya se sabía que quien la soplaba era Basilio, el ciego, que despacito, despacito avanzaba por la calle... De trecho en trecho suspendía el silbo para tantear con su bastón de palo las paredes, los postes y los desniveles del suelo. Levemente encorvado, se cubría con una chaqueta cuya holgura, vejez, color mugre y arrugas, delataban su edad y procedencia. El pantalón no tenía mejor aspecto. Sin hebra de camisa, se abotonaba la chaqueta hasta la nuez cuando helaba en invierno y la dejaba

en plena libertad en tiempo de calores. Calzaba unos botines agrietados y polvorientos.

Sin prisa nunca, caminaba abriendo los párpados a la sombra, dejando ver sus pupilas nubladas y carnosas; desconfiado siempre, parecía otear el aire. Con frecuencia se transformaba en un torbellino y repartía garrotazos y malas palabras al sentir la provocación de los muchachos que le jalaban los faldones e intentaban robarle la flauta o golpearle con varas el bordón, en medio de impetuosa gritería.

Sólo mendigaba monedas; la comida no le interesaba por tenerla segura con doña Gaudencia, quien lo alojaba en el cuarto de trebejos al final del patio. Si pedía dinero, era para echarse unas copas de mezcal o tequila en una cantinucha del barrio de Huachilisco.

Interrogado por el cura del pueblo, contestó a sus preguntas: "¿Que por qué vivo con doña Gaudencia...? Por caridad, por qué otra cosa; aunque bien me lo refriega cuando llego con olor a copas, me manda derechito al cuarto y allí me arrima los frijoles y las gordas... Me gusta el trago: ¿qué otra me queda en esta pinche vida? No conocí padre. El sarampión me dejó ciego a los tres meses allá en el pueblo de Pegueros. Mi madre se vino para acá por ganarse la vida y, a poco de llegar, la perdí a causa del tifo... Yo debiera estar agradecido con quien me recogió y me crió, pero que bien friegan cuando llego dando traspiés. ¡Ni modo!"

¡Daba una lástima...! Durante el novenario del Señor San José, por el diecinueve de de marzo, en la nochecita después del rosario cuando se cantan las alabanzas, Basilio llegaba a la iglesia y se paraba cerca de la puerta. Allí desahogaba su

desdicha sin orillas. Su canto era bramido de angustia mientras las lágrimas le hacían hilo:

"Por esa gracia inefable
de que el cielo te dotó,
te pedimos que nos salve
tu eficaz intercesión..."

Un día faltó doña Gaudencia. De los hijos, ya casados, ninguno quiso tomar la carga del ciego. Enfermo fue a parar al asilo, donde el cariño de las monjas le dio lo que nunca tuvo. El baño diario le resultó costumbre grata que paliaba su nostalgia por el barrio de Huachilisco; sus ropas limpias fueron agradable novedad para él. Al morir. Una monja joven lo acunó en sus brazos y un beso compasivo le cerró los ojos.

La cuenta

Las cosechas levantadas. Los diezmos cumplidos, mi padre condescendía para que en la tienda de don "Rafail", la única del pueblo, pidiera mi madre todo lo que hiciera falta en telas: manta para las sábanas y la ropa de los hombres; calicot para los fondos y camisas de las mujeres; dos cortes de percal para cada una de nosotras. Pensando en las hijas, los ojos se le iban tras las etaminas floreadas; sentía vacilaciones y dudas... Por fin se decidió a suplir los percales por las telas coquetas, femeninas; cierto que su precio era más alto que el de los otros; sin embargo, se arriesgó;

total, una vez cortadas, ni modo de regresarlas a la tienda el día en que su marido fuera a cubrir la cuenta...

La esposa de don Rafail, Prudencita, mujer de buen gusto (¡no había más que verla!) hacía dos viajes por año a Guadalajara; visitaba a sus familiares, de paso se enteraba de las cosas de la moda y pedía en los grandes almacenes la mercancía para el establecimiento; y se traía para el pueblo una revista en inglés, llena de figurines; con verdadero interés de amiga mostraba a mi madre los estilos en boga, ésta no podía resistir la tentación pensando en nosotras y sucumbía al encanto de las telas floreadas.

Atado con hilillo de mecate y envuelto en ruidoso papel de estraza, el fardo de las telas era enviado con un mozo a nuestra casa. Por entonces, mi madre pasaba por la euforia de poseer, desde hacía ocho días, su máquina de coser; ya podía confeccionar nuestras prendas con más agilidad. Don Pedro Cuevas, que comerciaba con su tabaco en Aguascalientes y era buen amigo de la familia, tuvo a bien hacerle a mi madre el servicio de traérsela de allá. Hacía un año que mi padre le regalara a mi madre un cerdo recién nacido para criarlo y engordarlo. Con lo que le dieron por él, ella compró su máquina de mano, preciosa, nuevecita. Tenía pintado un galgo en movimiento y también, en letras plateadas, la marca: "LA NUEVA NACIONAL".

Sobre un cajón, al que cubrió con un tapiz de ganchillo, la colocó, pulida y aceitada, oliendo a cosa nueva. Sonreía, la acariciaba como a un sueño cumplido.

Después de la cena, con cierta timidez, mi madre tendió la nota de la compra a mi padre, al tiempo que le decía: "Aquí tienes la cuenta de lo que compré, Casiano". Con

ademán de rechazo, en tanto que salía de la cocina, respondió mi padre con gesto desabrido: "Me la dará después". Era frecuente en él pasar del tuteo familiar al seco "usted" cuando se disgustaba.

Pasaron días, mi madre parecía haberse olvidado del asunto. Guardó la cuenta y no volvió a ocuparse de ella; pero, en el momento menos pensado, mi padre dijo exigente: "¡Quiero la cuenta!", de la que mi madre no guardaba ya ni la menor idea. Buscó en las alacenas... ¡Nada! Hurgó en los cajones de la mesa... Tampoco. Volcó el canasto de la costura... ¡Ni trazas de ella! Y mi padre insistía: "¡La cuenta!", y parecía gozar con las escaramuzas de la búsqueda.

Decidida a ponerla en claro, mi madre fue a la troje y tomó del *chapil* cuatro mazorcas. Las desgranó sin prisa; por el precio de cada metro de tela y el número de éstos, colocaba montoncitos de granos. Aquello se volvió un archipiélago de pequeñas porciones. Por supuesto, ante el engorro de contar las semillas una a una, con voz perentoria, decidió mi padre: "¡Quiero la cuenta de don Rafail!"

Confundida, apurada, ella prometió tenerla para esa misma tarde. Mientras repasaba la ropa que urgía remendar, me pidió que con devoción, de rodillas, rezara las rogativas a San Antonio:

Si buscas milagros,
Mira muerte y error desterrados,
Miseria y demonio huídos,
Leprosos y enfermos sanos.
El mar sosiega su ira,

Redímense encarcelados;
Miembros y bienes perdidos
Recobran mozos y ancianos.
El peligro se retira,
Los pobres van remediados.
¡Cuéntenlo los socorridos!
¡Díganlo los paduanos!
Ruega a Cristo por nosotros,
Antonio divino y santo,
Para que...

Aquí, de pronto, mi madre soltó la costura, se puso de pie y, como alucinada, fue hacia la arandela del aparato de petróleo, situada a buena altura sobre la pared; tiró del pequeño cajón que tenía por base y con voz jubilosa exclamó: "Aquí está la cuenta. ¡Alabado sea Dios y el glorioso San Antonio!"

A más de cincuenta años de distancia, reflexiono: con razón me aterraban las consideraciones de mi padre: "¿Qué será de nosotros ante el Supremo Juez, el día de rendirle cuentas?" ¡Mazorcas van a faltarnos!

Aguinaldo

Ni "nacimiento", ni cantos, ni villancicos, hubo esta Nochebuena en la iglesia del pueblo. Bajo un capuchón blanco, estaba muda y ciega sobre el otero nevado, en la orilla opuesta del río Vendul. Un día vinieron las milicias de la F.A.I. Arrancaron de cuajo los retablos antiguos. Arrastraron afuera las imágenes. Formaron una pira, y blasfemando, le prendieron fuego. Ante los rifles, el pueblo guardó silencio, y también su rencor y su angustia, tras la puerta cerrada.

Todos los hombres jóvenes marcharon al frente de batalla; unos convencidos, otros a la fuerza. Quedamos las mujeres, los viejos y los niños.

Hoy, bajo una nevada que viste de albura las montañas lejanas, las lomas y los oteros, el invierno ha cercado la aldea. El viento agudiza cuchillas en la garganta de las peñas. Los corvatos, graznando, rubrican un cielo plomizo. En remolino de plumas blancas, la nieve cae... El fuego crepita en la chimenea y, en su torno, se calientan extendiendo las manos, mi suegro y los niños, añorando al padre, allá en el frente... ¡Cómo pasará frío! ¿Celebrará la Nochebuena? ¿Cuándo regresará?

Mi cuñada tuesta, sobre la plancha colgada encima del fuego, un montón de castañas lustrosas, alguna explota, causando sobresalto y risa a los chiquillos. Sobre una mesa de pino, un plato presume de abundancia, con unas cuantas torrejas.

Estamos a punto de cenar. Por la calleja se acerca el sonar de pasos en almadreñas. Se detienen frente a la puerta.

Un grupo de chavales, con voz rústica de tonos extremos, nos sorprende cantando trovas alusivas al niño Dios, a María, a José. Se acompañan con panderos, sartenes y almireces. Así, cantando, piden como aguinaldo, algo para completar su cena. Saltan los niños para abrir la puerta y rogarles que entren a compartir lo que tenemos.

Aceptan un puñado de castañas y salen para seguir la ronda por cada uno de los hogares de la aldea. Pero antes de partir, agradecen el obsequio con una copla:

A los de esta casa
Dios les dé victoria,
En la tierra gracia
Y en el cielo gloria.

Pero si algún vecino les niega el obsequio, ellos corresponden expresando su malquerencia:

A los de esta casa
Sólo les deseo,
Que sarna perruna,
Les coma los huesos,

Coplas y costumbres de raigambre castellana, ingenuas, graciosas, que se van borrando de nuestra vida...

Aquellos proyectos...

Era un terreno extenso, con un ruinoso caserón en el centro; flanqueado por una fila de pinos adultos, macizos y

altos. Eran columnas coronadas de ramaje oscuro y desgarrado. Cuando él me lo comunicó, el trato estaba cerrado. ¡Cómo lo disfrutábamos, aún antes de habitarlo!

Ya estaba pagado. Después el buscar un arquitecto, conocer los planos. Yo no conseguía ubicar, en mi mente, la estructura grabada en ellos; pero no era obstáculo para fantasear la organización del jardín, como quien recrea imaginando el hijo aún no nacido: cubriríamos la alambrada del frente con madreselvas; también tendría jazmines blancos y dobles, como los que allá en mi pueblo se derraman sobre las tapias. Ningún árbol pegado a los cimientos, porque las raíces podrían falsearlos (advertencia de Pepe). Yo debía rodear el basamento con plantas de poca raíz: mercadelas, clavellinas, geranios, gallardías y claveles.

Mi sueño se fue plasmando lentamente en realidad cumplida. Primero fue el derrumbe de la casa ruinosa, seguido por el destierro de los escombros. Esto no quise presenciarlo. Me parecía una irreverencia. ¡Cuántas alegrías, y cuántas penas, se habrían vivido dentro de esas paredes, que se desplomaban al golpe de los mazos!

Abrieron zanjas para los cimientos; la construcción fue creciendo hasta alcanzar la forma presumida. Al caer la tarde, íbamos a constatar el avance, por entre los andamios y el cascajo; por la escalera improvisada, trepábamos al segundo piso. Yo ornaba las recámaras con mi fantasía: "Ésta, que recibe la luz del sol poniente, será la de la niña (entonces única); tendrá cortinas de gasa blanca; por las ventanas abiertas, se asomarán las ramas del pino..."

La terraza del frente, con una balaustrada maciza. Desde ahí podía gozarse de un panorama amplísimo: un terreno

sembrado de maíz; una que otra construcción. Más allá, sobre una elevación del terreno, la vía del tren pintado de amarillo, que hacía el recorrido del Zócalo a Villa Obregón (nombre sólo oficial, pues para todos era San Angel).

El arquitecto José Arnal era un caballero madrileño cuyo punto de honor consistía en entregar sus obras en la fecha prefijada. Al tomar posesión de nuestra casa, me parecía soñar: Primorosa, blanca, el tono cálido de los tejados, los arcos luminosos del mirador, todo en conjunto, le daba un aire de chalet andaluz (así lo sentía yo).

Una pelusa tierna empezaba a brotar en derredor. Aunque sólo se hallaba sembrada la mitad del terreno, yo encontraba que la otra mitad, tenía su encanto propio: allá, en el rincón, pegado a la barda del fondo, un robusto manzano era una promesa de frutos. Un romero, con las ramas abiertas como brazos en cruz, ofrecía su floración azul a las abejas. Un espino completamente campirano, soportaba el desplome de un rosal trepador, congestionado de ramilletes rojos y empolvados: sorprendente conducta, ante la completa carencia de riego. En el extremo opuesto, un chabacano, de edad respetable, confirmada por la textura del tronco, se cubría de capullos sonrosados, surgiendo de un terreno abundoso en yerbajos montaraces. Hasta un maguey de puntas agresivas, ponía su nota de vida salvaje. Aunque estas rusticidades me encantaban, convenimos en transformarlas, igualando el terreno discriminado, con el ya sembrado de pasto inglés.

Un matrimonio amigo tenía un invernadero. Nos mandó a sus jardineros para que plantaran 48 rosales etiquetados de manera rimbombante, que luego hicieron honor a su

nombre. El jardín se tornó en poco tiempo en un vergel. Nuestra casa se fue poblando de chiquillos sanos, traviesos, pero buenos. Uno a uno, volaron para formar sus propios nidos. El ya partió también. Pero vive aún aquí, en el recuerdo amable de su rectitud, de su bondad profunda y constructiva. Lo recuerdo de pie bajo los árboles, descansando en el banco de piedra que cobijan los plúmbagos, al volver del trabajo; sonriendo comprensivo cuando el balonazo de un futbolista incipiente desbarataba en lluvia roja la flor de los rosales ... o frunciendo el ceño, cuando una pareja de enamorados alargaba la despedida junto a la reja de entrada.

Cuando la penumbra desdibuja los troncos, cuando la luna abrillanta los grises de la higuera desnuda, cuando la lluvia traspasa la fronda de los pinos, me parece que su presencia continúa vigilando, para que en esta casa todo marche con bien.

Espigas

En una olla de barro, están aquí, en espléndido penacho, las espigas que ayer recogí una a una.

Formaban nubes rosadas y movedizas, bordeando lagos que remanso la lluvia al pie de las laderas y en las cunetas del camino.

Agua de muchas nubes, que saturó los campos y lavó los arbustos manteniendo el paisaje limpio, nuevo. Lomeríos y explanadas eran tapiz policromado por el oro de los acahuales, el violáceo de los mirasoles y la gama de verdes y

bermejos de los troncos en las arboledas.

El marco de montañas, perfilando los campos, oteaba el vuelo de las nubes, solemnes, redondas, remolonas, empujadas por el viento, tonificante y grato.

Todo esto recuerdo frente a estas rojizas, sedosas y esponjadas espigas.

Recordando

Diez para las siete. Un tintineo metálico me da el primer disgusto del día. Disgusto que yo misma previne y amañé desde la noche. Por entre las cortinas mal cerradas, miro campear aún la oscuridad casi adivinada, por la rebeldía de los párpados a abrirse. Pero allá, adentro, en mi interior, hay un reclamo a la disciplina, y en una decisión repentina, me lanzo fuera de la tibieza que me retenía. En tanto que improvisadamente me visto, me santiguo e *in mente,* hago una corta oración. Bajo a la cocina a preparar el desayuno de mi nieto; voy recordando los días aquellos, tan lejanos ya, cuando los hijos eran pequeños, aquel ir de una cama a otra para levantarlos entre caricias y regaños; caritas adormiladas, mientras yo iba de una a otra recámara volviendo a levantar las mantas de alguno que se amodorraba de nuevo. Y la mesa puesta, por fin, todos de pie, tomando, sin sentarse, sorbos de leche caliente. Y el motor del coche zumbando afuera para calentarse mientras el padre desayuna y apremia a los retrasados con un "al que no esté listo, lo dejo". Luego de recoger mochilas, cuadernos y, por fin, la salida. Ya idos, los comentarios con Angelita, la

sirvienta: si fulanito no tomó el pan con mantequilla, si el otro no terminó la leche, pero desde mañana... En fin, planes y proyectos para mejor aprovechar el tiempo.

Y mi recuerdo vuela más atrás... cuando yo era chiquilla. Íbamos siempre a la misa de seis; aún brillaban las estrellas. Recuerdo las pisadas, por la calle, de la pata de palo de don Emeterio, siempre a la misma hora, faltando diez minutos para la misa. La iglesia nos quedaba cerca; al entrar olía a incienso. Siempre lo hacíamos por la puerta del costado. Los hombres ocupaban el lado izquierdo de la nave. El derecho era un lampo negro de tápalos de lana cubriendo a las mujeres arrodilladas. Sobre peana de plata, en lo más elevado del altar, una Virgen de talla ancestral, mirando compasiva, los brazos abiertos, parecía acogernos, mientras la tos de don Lencho me suspendía el aliento, en espera del aire que él no alcanzaba.

Pero debo volver al presente. ¡Que grato es sentirme aún útil, cuando una vocecita tierna e imperiosa me despierta, reclamando mi cariño para su apetito siempre nuevo!

Cosas gratas

Cansada, friolenta, me arrebujé en un sillón. Verdadero placer fue mirar por los ventanales el zarandeo del viento entre las ramas de los pinos viejos. La llovizna de noviembre arañaba los cristales, salpicándolos. Y era niebla delgada entre el ramaje verdinegro.

Un aroma incitante precedía los pasos de Porfiria subiendo la escalera. Esbozando una sonrisa, posó frente a

mí un tazón de café con leche. Contenido y forma eran sugerencia grata. Fiesta del gusto y añoranza de tradición lejana.

Fue la bebida punto de sabor logrado. El cuenco, invitación amiga para las manos friolentas. Alfarería de castellana tradición, ornato azul y blanco de Talavera, aquella que, en Toledo, surge en la ribera del Tajo.

Y, soñando y sorbiendo, saboreaba entrañables recuerdos, provocados por una taza de café con leche.

Invitación

Estas horas lluviosas, transidas de silencio, propician tu retorno, al reclamo exigente del recuerdo. Y, desde el más allá, siendo tú el mismo, cada vez tu presencia es diversa: En unas eres joven e impaciente; en otras celoso y pasional, más siempre caballero y generoso.

Hoy te llamo a gustar de mi vigilia. ¿Quieres acompañarme? ¡Estoy tan sola! juntos recordaremos aquel pasado juvenil y fuerte, cuando tu voluntad era la mía, y mi confianza en tí, ciega y alegre. Reharemos aquel viaje soñado por los dos, como grato regalo al abuelo español para mí desconocido. ¿Recuerdas aquellos silencios saturados de mayo? Cuando desde la cumbre montañosa mirábamos el valle por donde corre el Nansa, despeñado por las quiebras rocosas. Nosotros, laxos por la fatiga del ascenso; la mirada dispersa y ambiciosa de captar la belleza multiforme, surgida allá en la cuenca donde confluyen, claros, los regatos, para sumarse al río, con escolta de alisos y juncales.

Vino luego la guerra, y partiste hacia el frente de batalla, cuando faltaba un mes para el arribo del hijo que esperábamos. Esa mañana, se presentó vestida de llovizna. Te vi alejarte hasta perder tu imagen entre el verdor mojado del camino. Y, a pesar del afecto de tu gente, me sentí encadenada por la angustia. Por sobre todas las carencias, fue la de ti la más penosa.

Pasados unos meses, obtuviste un permiso para venir a conocer a tu hija. Era el día de San Juan, en junio, ¿Recuerdas? ¡Un concierto de aromas y de sol! Dejaste el uniforme de soldado; por un día vestiste las prendas guardadas con amor... ¡Sólo un día! ¡Y cómo lo gustamos! Por el sendero cobijado por castaños, sobre el talud frondoso de helechales, fuimos hasta la finca de Barcequinez, ahí nos obsequiaron una canasta de manzanas.

Retornarnos a casa, jubilosos; yo preparé la cena en un instante. Aquella noche, tu presencia nutrió de esplendidez nuestro yantar: manzanas frescas, por principio; manzanas horneadas fueron el platillo siguiente; y, como postre, compota de manzanas... El abuelo y los niños bebie-ron unos sorbos de leche.

Tú y yo teníamos unas horas invaluables, frente al enigma perteneciente a Dios...

Tierra

No cabe preguntarme por qué amo la tierra.

¡No! No me refiero a ese conglomerado de países, que con motivos reales o razones tortuosas, andan siempre en

discordia. Yo me refiero a la que fue el entorno de mis años primeros; la que con parda mansedumbre, se deja taladrar por el arado, sin más queja que un rodar silencioso de terrones, para gestar, materna, la semilla dormida sobre el surco; y transida de lluvia, es logro de maizales y trigos; y en la urdimbre jugosa de su manto, prende jilotes de melenas rubias; y remata su atavío volandero con penacho de espigas platinadas.

La que suspira con aroma vivo, cuando abril la corteja en aguaceros. O gira en polvorientos remolinos en danza turbulenta, por octubre. La que al final del otoño se aligera con los vientos que arrastran a las hojas. La que, en el camposanto guarda en su seno, entristecida, el cuerpo de los seres amados. La que, cuna y regazo, es nuestro mismo barro.

Raíces

Esta ciudad de México, nuestra capital, está habitada en un gran porcentaje por provincianos que por razones diversas hemos afincado en ella y forjado nuestro hogar; hemos creado una familia a la que nutrimos con nuestros valores, así religiosos como costumbristas, con el amor y la nostalgia por aquel trozo de patria, "la patria chica", que un día nos vimos precisados a dejar, si bien físicamente, jamás con el recuerdo, sublimado por el tiempo y la distancia. Porque ¿quién de los emigrados se libera de añorar las canciones de la tierra, los platillos preparados por la madre, los relatos sabrosos de aquel tío, las

peculiaridades de un vecino, las golosinas regionales propias del festival pueblerino, las leyendas medrosas de la vieja sirvienta, la ingenuidad de un noviazgo, el arribo de un advenedizo citadino y, por sobre todas estas pequeñeces, aquello que es vital, que nutre nuestra vida, la esencia de lo que fue la de nuestros abuelos.

Para complacerme con el sabor de ese pasado una de mis nietas, antropóloga, ha puesto en mis manos el regalo de un libro escrito recientemente por un historiador michoacano, don Luis González, sobre el devenir de una comunidad; botón de muestra de las muchas comunidades pequeñas, mestizas e ignoradas, de esa región montañosa del México central, donde se encuentran Michoacán y Los Altos de Jalisco.

Para mí ha sido una delicia saborearlo de principio a fin, porque esos avatares me transportan al lugar donde nací y crecí; hay en ellos tal similitud con los que fueron mi atmósfera y entorno, que no pude sustraerme a la repetición de su lectura. Recordé la religiosidad profunda de mi gente, la forma patriarcal de la familia, donde el padre ordenaba con la palabra y el ejemplo; la madre era dulzura y fortaleza; sobrios el alimento y el vestido; limpios los pasatiempos; regidas por los astros las faenas del campo. Y no voy a negar que en este retablo de égloga faltaran las tonalidades oscuras: el vicio, la dureza, el machismo. Había de todo; pero ¿en qué clase de sociedad no lo hay?

Sin embargo, a la distancia, se vela y se disculpa, o se acepta con mínima indulgencia aquello que se sale de la regla. Debo admitir que las nuevas corrientes ideológicas, que en los centros culturales abrevan nuestros hijos, se

contraponen a la esencia de aquello que constituyó la raíz nuestra; no obstante, confío en que su recto deseo de inquirir los lleve al encuentro de la verdad profunda y fuerte de donde proceden, y comprendan el valor de aquella fe que alborozaba las entrañas, cuando en el alba de nuestras fiestas religiosas un repique jubiloso de campanas despertaba a un pueblo, para recordarle que era el día de la Madre, Nuestra Señora, que a todos nos unía, porque no era la pigmentación clara u obscura de la piel la que nos identificaba, sino el ritmo vital que conmovía; la fe como sostén, conducta y esperanza y, finalmente la floración y el fruto de estas raíces, nuestra forma de ser, de proceder y de saber morir.

¿Por qué escribir?

Cuando mi mano traza un signo, una palabra, una frase, me conmueve la fortuna de gozar el trato con las letras; a él tuve acceso desde muy niña, cuando conocí el silabario; era breve, delgado, impreso en el papel más ordinario. Lucía sobre la tapa la imagen del arcángel San Miguel, balanceando al demonio, quien se retorcía vencido bajo sus plantas.

Había bajo el grabado una cuarteta en octosílabos que rezaba:

"La soberbia desechad
Niños en toda ocasión,
Que al humilde Dios Ayuda
Y le da su bendición."

Daba principio el aprendizaje con cinco líneas superpuestas, donde las vocales de acomodaban en formas diversas; a la figura de cómo se situaban se le llamaba el "cajoncito".

Luego venían las consonantes para apoyarse en las vocales, y así formar las sílabas, las palabras y, por fin, las frases. Todas estas combinaciones se hacían pronunciando el nombre completo de cada signo, juntando las sílabas al final. Aún me provoca risa recordar el proceso, que era como sigue:

Be-e; be
Be-i; bi
De-a; da: bebida

a-ele; al
eme-a; ma: alma

ce-i; ci
ce-u; cu
te-a ; ta : cicuta

Muchas fueron las horas que, sentada en la vieja escalera de piedra, pasé bregando para reunir vocales y consonantes hasta lograr el triunfo de completar la palabra y forjar la frase.

Aún no iba a la escuela y ya leía de corrido el silabario. Cada rato asediaba a mi madre para salir de algún atolladero. Ella suspendía su ocupación para donarme lo único que

poseía: saber leer. Me dijo que en su infancia la mujer no tenía oportunidad de cultivarse; como una excepción, a ella la inició su abuela paterna, doña María Manuela, en el gusto por la lectura, pero jamás la enseñó a escribir; ahora entiendo por qué, cuando me encendía el interés por aprender sus ojos tenía brillo de lágrimas felices, y aquella complacencia con que, al inscribirme en el grado de párvulos, advirtió a la maestra: "La niña tiene cuatro años, pero ya sabe leer".

Desde el tiempo que puedo recordar el campo, los montes las laderas, la neblina, las nubes, la tormenta, el relámpago, el viento débil o huracanado; todos los elementos de la naturaleza, me hacían suya; nunca me acobardaron; entre ellos me movía con gozo que, sin hacer consciente, disfrutaba,

Siempre he sentido anhelos de expresar emociones nacidas frente a lo bello, lo misterioso o lo conmovedor; de la naturaleza, con su gama infinita de motivos o el reflujo continuo de recuerdos y la nostalgia de tiempos rezagados. Como quien abriendo el álbum familiar, sonríe, suspira y lo cierra de nuevo, con la certeza devolver a recrearse cuando quiera. Bien estará tomar apuntes del presente y formar el acervo del futuro, para dejarlo a quienes precedemos. Será como tomarnos de la mano los idos, los que vienen y nosotros...

Canto al mestizaje

Soy brote y fruto de raíces vivas que se tienden y enzarzan bajo profundo subconsciente y que afloran, ya en frutos

amargos, ya en matices gallardos, o en buenas actitudes, porque soy todo eso que me ha precedido.

De mi abuela indígena, al cruce de su rama con el abuelo rubio, nació mi madre; belleza trigueña, voz tersa y modales suaves.

Aquellos despertares de mi infancia, cuando aún brillaban las estrellas, se impregnaban de preces medievales, recitadas por la voz de mi padre, a la que hacíamos coro entre dejos de somnolencia y bostezos; mientras de la cocina llegaba a nosotros el ruido acompasado del metate quebrando el nixtamal que la vieja india molía y remolía, hasta convertirlo en masa dúctil; luego en tortillas calientes y esponjosas a través de un ritual repetitivo: primero, desprender los tistales por el borde inclinado del metate, para ir formando con toques eficaces de los dedos aquel trozo de masa y darle la forma circular; luego, el palmeo triunfante y el extendido sobre el comal de barro, que el fuego de los leños lamía en su orilla, con lenguas pequeñitas escapadas de entre los tenamastes.

Y si, por temporadas, habitábamos en el pueblo, al regreso de misa de seis, éste se llenaba "del santo olor de la panadería", como dijo López Velarde. El retornar a casa era de prisa porque el aroma del chocolate auguraba un placer al paladar, al que se añadía la barroca variedad de los biscochos.

Me conmueven las estructura de las ruinas prehispánicas y la maciza construcción colonial del templo viejo; la pintoresca danza indígena y la plasticidad ingenua de un retablo votivo pueblerino; también el sentido relato de un corrido y el sabor de un romance castellano, porque como

dice Machado: "Es inútil que busque usted a Felipe Segundo en su panteón del Escorial, porque es ahí donde no queda de él absolutamente nada. Ese culto a los muertos me repugna. El ayer hay que buscarlo en el hoy; aquellos polvos trajeron, o trajeron si le agrada a usted más, estos lodos. Felipe Segundo no ha muerto, amigo mío, Felipe Segundo soy yo, ¿no me había usted reconocido?"

El arroyo

Entre los líquenes húmedos, alambrillos temblones y yerbas resumantes, una a una, destilan gotas de la grieta que forma el ojo de agua. Ahí nace el arroyo, en un alumbramiento recatado, al socaire de enramada y rocas.

Parte, se aleja del remanso breve, sobre el cauce de guijas menuditas. Ondula en claridades cuando lo baña el sol, al que burla travieso cuando se guarece bajo las ramas tensas del espino.

En zarandeo confiado, tiemblan las hojas de la yerba que crecen a su paso. Bebe el arroyo los vinos rojos con que brinda el ocaso; transido de luna, o apuñalado de luceros, huye para rendirse al río y se diluye en él...

INDICE

Prólogo segunda edición, 7
Prólogo primera edición, 17
Portalillo, 27
La Medianega, 31
El zapote, 32
Golondrinas, 33
La fe, 34
Rosillo, 35
El "Noópales", 37
...al que lo ha menester, 38
Los abigeos, 40
Lluvia, 42
Retrato, 43
Ciprianita, 45
Ese hombre, 46
El "Alabao viejo", 48
Indignidad, 50
Nochebuena, 52
Margarita Cabrera, 53
"La visita", 54
El viento, 56
Precavido, 57
La petaquilla, 60
Flor de santidad, 61
Incógnito, 63
Mi pueblo, 65
Clementina, 67
Decisión, 76
Semblanza, 78
Basilio, el Ciego, 80

Aguinaldo, 86
Aquellos proyectos, 87
Espigas, 90
Recordando, 91
Cosas gratas, 92
Invitación, 93
Tierra, 94
Raíces, 95
¿Por qué escribir?, 97
Canto al mestizaje, 99
La cuenta, 82
El arroyo, 100

La Querencia

Cuidaron la edición
Alfredo Gutiérrez y Atanasio Gutiérrez

Se imprimió en junio de 2003
en Acento Editores, Reforma 654
Guadalajara, Jal.

La Querencia es, por su contenido, un libro de recuerdos; a través de relatos refleja de manera muy acabada un estilo de vida antiguo que se extendió y aún perdura parcialmente en los Altos de Jalisco. Su autora, Guadalupe Gutiérrez de Mantecón, nació a principios del siglo veinte en Jalostotitlán, de donde salió en los años inmediatos a la Cristiada para establecerse en la capital del país y temporalmente en la provincia de Santander, España, justo cuando se iniciaba la guerra civil.

Sorprende que una mujer que por circunstancias de la época no estuvo mucho tiempo en las aulas, haya escrito un libro tan bien elaborado. En varias de sus partes, es un libro de poesía escrito en prosa; una prosa en la que su autora engarzó cada palabra a las demás con oído certero y musical, para ofrecernos siempre frases limpias, sencillas y melodiosas.

Escrito entre 1970 y 1980, cuando la autora había tenido ya once hijos y cumplido los sesenta años, es fruto de unos talleres de literatura e historia impartidos entre otros por Raúl Durana, Gonzalo Celorio y Eduardo Blanquel, por lo que no hay que buscar en la estricta formación académica el origen de esta obra, sino en el talento y la inteligencia desarrollados con el esfuerzo cotidiano, en la fidelidad de sus recuerdos y en su habilidad para ponerlos por escrito.

José Atanasio Gutiérrez y Gutiérrez